

El Ruedo



2
Ptas

ENRIQUE



A caballo



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 20 de febrero de 1947 - N.º 139



UNO no acaba de penetrar en el sentido íntimo, en esto que se ha dado en llamar la cuestión mejicana, desorbitando probablemente la calificación de un asunto al fin y al cabo de puro aspecto profesional. En este número de EL RUEDO nuestros lectores hallarán información solvente del estado a que han llegado las negociaciones con respecto al Convenio que hasta ahora regía. De ahí no cabe pasar. Primero, por un convencimiento absoluto del «pleitos tengas y los ganos» de la gitana, y luego, porque para la honestidad del comentario es indispensable una claridad en la información y en el juicio, que se nos antoja que falta. O, por lo menos, que nosotros, acaso por torpeza, no advertimos.

Examinando el problema con toda objetividad, pensamos con el latino en el famoso «¿A quién aprovecha?». De no ser así, de no ser que aproveche a alguien, francamente no lo entendemos. Incluso nos atravesaríamos a afirmar que la mayoría de los aficionados no lo entienden. Y, a semejanza de esa exclamación que suele lanzarse cuando en el curso de una discusión se divaga con exceso, mucho mejor empleada en esta oportunidad, a cualquier espectador se le ocurriría por todo comentario gritar: «¡Al toro, al toro...», que es una mona. Y no le faltaría razón.

Porque es el toro, en definitiva, quien luego da o quita los moños. La única apostilla que se nos ocurre a este pleito enojoso es ésta:

«¡Al toro, al toro!»

Bien. Si traemos aquí el tema es para recoger la nota concreta de que a causa de la ruptura del Convenio taurino hispano-mejicano, Manolete, el famoso torero cordobés, ha dejado de actuar en la corrida que se ha celebrado el domingo último en la Ciudad de los Deportes. Y como es práctica periodística, junto a la noticia del hecho damos la fotografía del protagonista. Sólo que esta fotografía de Manolete es inédita y es curiosa. Sí, sí. Manolete está ahí. Es ese del pantalón corto que aparece en un extremo del grupo, del que entonces era primera figura otro Manuel Rodríguez, primo suyo, Bebe Chico.

La mayoría de los que figuran en el grupo, obtenido en 1932, eran entonces alumnos del Colegio de los Carmelitas de Córdoba. Manolete era el más joven de ellos. Todos soñaban con ser toreros, y únicamente dos llegaron a vestir el traje de luces. No lo vistió, desde luego, aunque fué a capeas, este don Antonio de Castro y Arias de Reina, que es quien nos ha facilitado el curioso documento gráfico. El alumno del pantalón corto creció en todas las dimensiones, y ahora nos llega la noticia de que por un quitame allá esos puestos. Manolete se ha quedado sin torear una corrida que tenía contratada. ¿No es extraña esta decisión súbita en el desarrollo de unas negociaciones tan lentas, que se han mantenido entre carta va y cable viene todo el invierno?

Sería interesante conocer la explicación que el propio Manolete dé al asunto. En tanto, los comentarios huelgan. Como no sea ese de... «¡Al toro, al toro!»

AYER Y HOY



“MOMENTOS QUE SIRVEN DE “JUERGA” EN EL TENDIDO”

Cuando, después de un gran batacazo, vacian
un botijo sobre la cabeza del picador..., entonces
los “graciosos” se desatan.

ANTONIO CASERO *

PREGON DE TOROS

Por

JUAN LEON

EL TORO BRAVO



Luis Fernández Salcedo

de la vida privada o desconocida del toro, que abarca desde su nacimiento hasta que pisa el redondel, para cuya colección su texto va a pasar a la categoría de pretexto, no va a ser sino una especie de fondo musical, rumor lejano, aglutinante que trabe los grabados...

Pero «El toro bravo» no es, claro, nada de esto. Conforme en que el cuaderno abunda en buenas ilustraciones, algunas excelentes; pero son, en general, conocidas por los lectores de EL RUEDO; en cambio, el texto, amenamente didáctico, cautiva con su novedad desde el primer instante y conduce hasta el fin, como de la mano, para llevar al lector a una especie de descubrimiento del toro bravo, del toro de lidia, de ese hermoso animal que, según el autor, precisa cuatro años de preparación para un esfuerzo que dura un cuarto de hora y cuyo resultado no siempre corresponde al regalo con que el toro se cuidó. Con muy escasas excepciones, todo cuanto conocen los espectadores de la fiesta de su primordial elemento, son esos quince minutos de vida intensa o de muerte extensa que se desarrollan ante sus asombrados ojos.

Al igual que una novela, que leemos en unas horas y juzgamos alegremente en un minuto, o un simple mueble, que abarcamos de una ojeada, el toro, muerto en esos quince minutos de intensa vida, costó antes muchos trabajos, desvelos y sacrificios, que suelen pasar inadvertidos al lector, al comprador del mueble y al espectador de la fiesta nacional. Y el conocimiento de tales trabajos, desvelos y sacrificios, conduciría a una comprensión de la que, por desgracia, se suele estar muy alejado.

Tal parece que ha sido el principal objetivo del señor Fernández Salcedo, al relatar, en media docena de capítulos, la vida privada del toro y todos los accidentes que la rodean con relación a sus criadores, desde la difícil selección de la bravura a la actual orga-

nización sindical de los ganaderos.

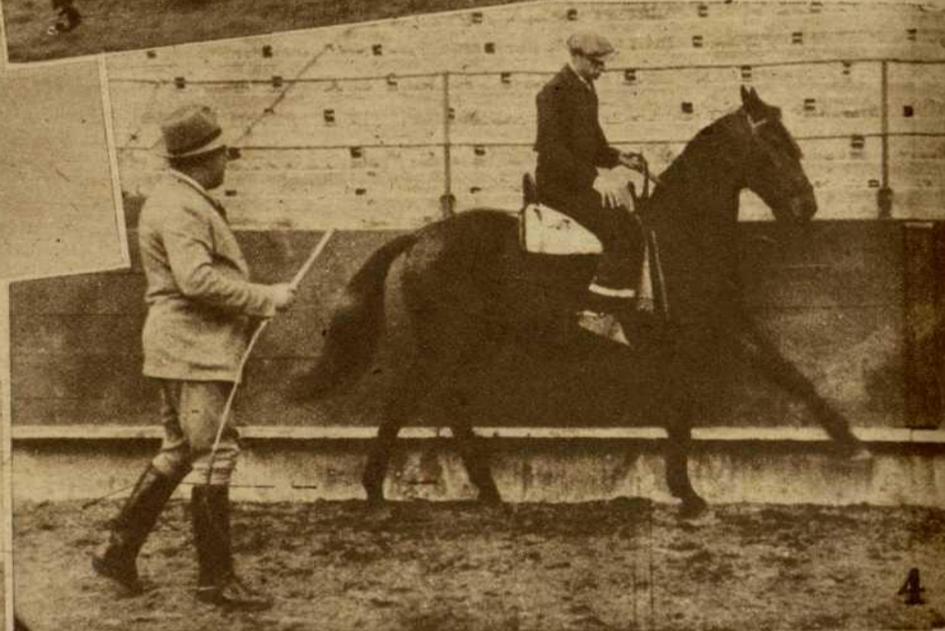
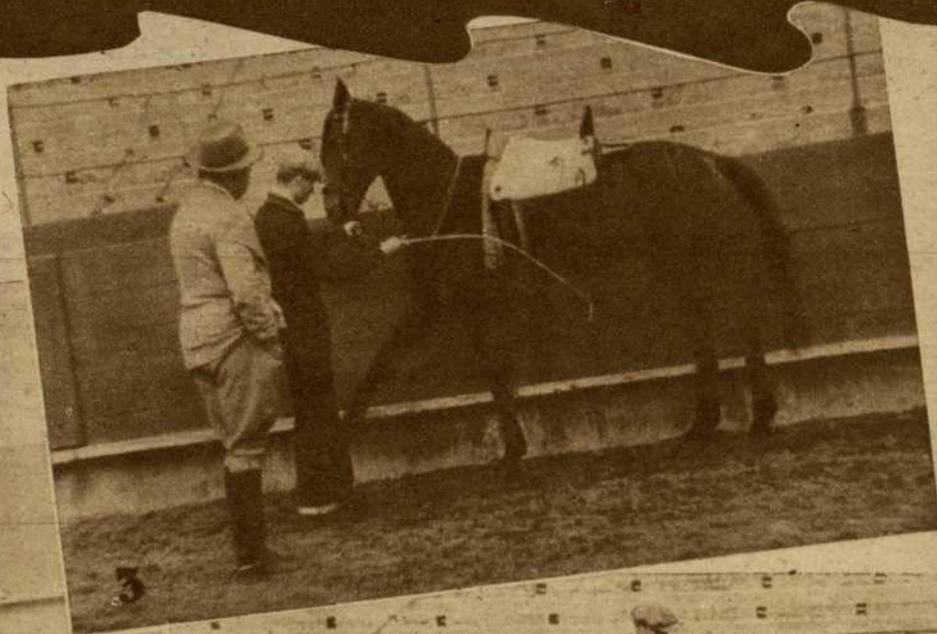
«El toro bravo» ha aparecido en los escaparates de las librerías merced a la iniciativa del Ministerio de Agricultura, editado por su Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, realizado por pluma tan competente como es la de don Luis Fernández Salcedo. Su precio de 40 pesetas es menor que el de un tendido de sombra en una corrida corriente y su lidia —su lectura— se desarrolla con facilidad, emoción y belleza, tal que la faena magistral de una figura del toreo, en una tarde de inspiración, ante un toro bravo, suave y noble.

COMO feliz augurio de la ya inminente temporada, acaba de salir el toro. Y nada menos que «El toro bravo», ese anhelado toro que puede convertir en quince minutos a un diestro ignorado y pobre en famoso y rico; ese toro que lleva, según frase corriente entre taurinos y aficionados, millones en el morrillo. Pero ese toro bravo no ha aparecido, señores aficionados, en ruedo alguno, sino en los escaparates de las librerías. Su precio es el de 40 pesetas, algo menos que un tendido de sombra en corrida corriente. Bien poco, en verdad, para un buen aficionado.

Pero voy al toro, señores. Por feliz iniciativa del Ministerio de Agricultura, su Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, ha editado un bello cuaderno titulado «El toro bravo», cuyo texto —interesante, claro y ameno— es de un nombre ilustre y bien conocido ya en los medios taurinos: don Luis Fernández Salcedo.

Pretende el señor Salcedo, en unas breves líneas preliminares de su luminoso trabajo, que sólo se propone, acatando la misión que le fué asignada, ofrecer al lector una colección de grabados que puedan dar alguna idea de los curiosos aspectos

El rejoneador
JUANITO BALAÑA
 se entrena para la próxima temporada



1 y 2. Juanito Balaña entrena, para la próxima temporada, a su caballo Zarco.—3 y 4. Bajo la vigilancia del profesor señor Marcet, Juanito Balaña cuida y monta a sus caballos Noble y Skot, respectivamente.—5. Balaña simula la suerte de rejonear montando su caballo Precioso.—6 y 7. Las aptitudes de jinete de Juanito Balaña quedan bien patentes en estos saltos con Zarco, y con el que obtuvo el segundo premio en el concurso hípico celebrado en el Real Polo

EL TORO, EN SU JUSTO MEDIO

Ni la "apisonadora cornuda", ni el utrero desmayado

CUANTAS veces ha surgido sobre el tapete el tema o cuestión del toro chico? Desde luego, no son nuevos los clamores de protesta por la pequeñez de las reses de lidia.

Las verdaderas raíces del mal se remontan muy atrás. Concretamente a la última década del siglo XIX, aunque el chuso, actualmente, raye en lo inconcebible.

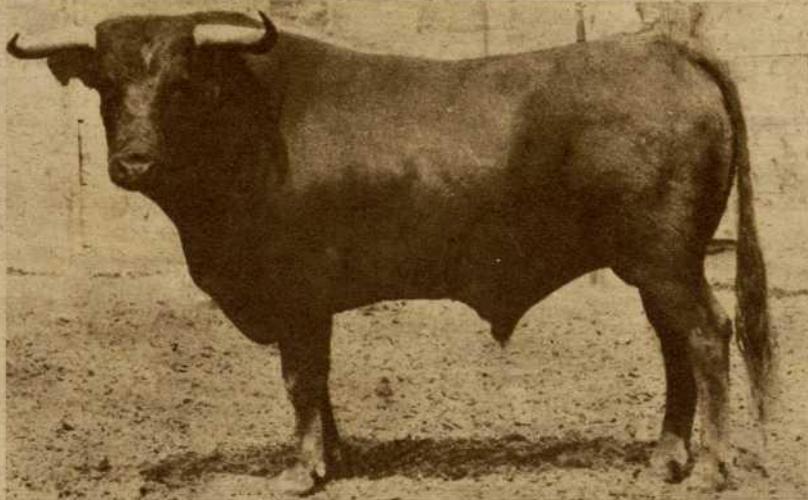
Especialmente, durante la época del omnipotente Guerrita, empezó la premeditada y gradual reducción de edad, cabeza y romana del toro. Y se iniciaron los vetos a determinadas ganaderías, cuyos dueños no hubieron de prestarse al orden y mando de aquel primer dictador cordobés. Aunque eso no fuera obstáculo para que el propio Rafael Guerra, en muchas ocasiones y en Plazas importantes, lidiase toros como el famoso Cocinero, de Félix Gómez, que pasó a la historia por sus siete lustrosas primaveras, su descomunal cornamenta, su bravura y poderío y sus 414 kilos a la canal.

Allá, por el año 1895, época a la que se refieren las anteriores líneas, un autorizado crítico como Sánchez de Neira, se preguntaba en un artículo qué razones se oponían al crecimiento de las reses y al desarrollo de su poder, cada día más menguado, y por qué famosas ganaderías, que siempre criaron hermosos ejemplares de toros grandes y de buen trapío, presentaban por aquel entonces bichejos pequeños, cornicortos y de ningún respeto.

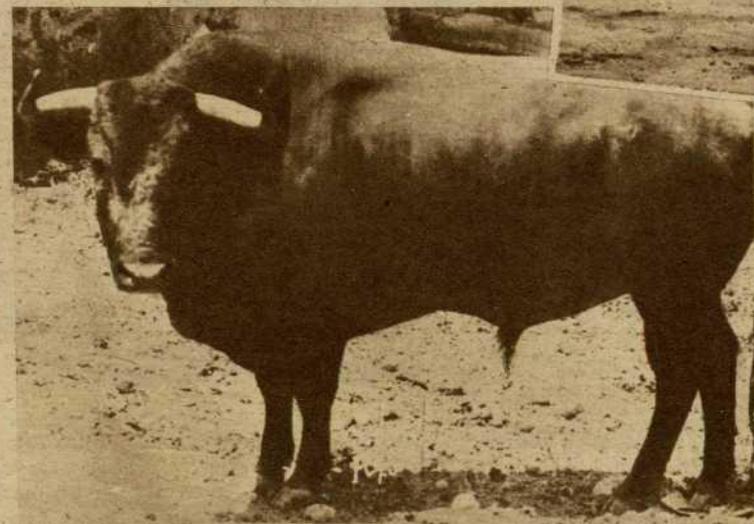
Y a renglón seguido, el mismo cronista daba contestación a sus interrogantes con este sustancioso parralito:

«Desde que algunos matadores de toros, más cuidadosos de su conservación personal que de la honra de su profesión, exigieron para la lidia reses terciaditas, cuatreñas y mojonas, echáronse a pensar los ganaderos de qué manera podrían satisfacer los prudentes deseos de diestros tan esforzados...»

Como se ve claramente, hace más de medio siglo que, ante la indignada protesta de nuestros padres y abuelos, hizo su aparición formal en algunas Plazas el toro de cuatro años. El cuatreño recogido de cabeza, pero bien cuidado, fuer-



Pero este cansino utrerillo, lidiado el año 1945 en famosa feria, que arrojó a la canal 195 kilos justos y cabales. ¿no les parece a ustedes impropio de una corrida de toros? —



¿Es demasiado pedir este tipo de toro de cuatro años, fino, serio, de buen trapío, flexible y vigoroso? Pues con este término medio se conformaría por ahora la afición

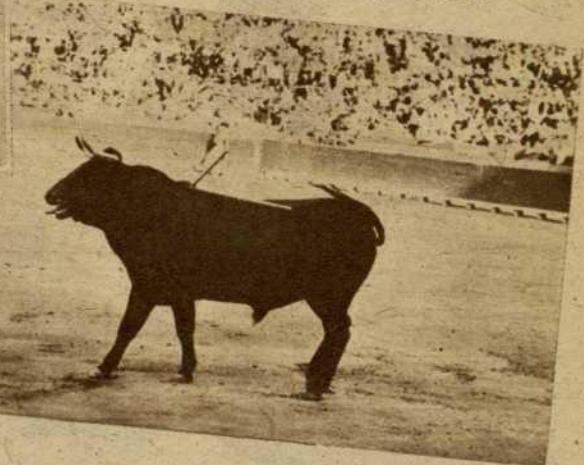
te, musculoso y con arrobos, que los antiguos aficionados rechazaron por chico y poco serio. Sin embargo, aun existía —y existió hasta no ha mucho— en el escalafón coletudo cierto puntillito de amor propio, que obligaba a los matadores de campanillas a encerrarse en la Plaza madrileña y en las de las principales ferias con auténticas corridas, «tragando» —como vulgarmente se dice en argot taurino— famosas y acreditadas divisas de las que no podían prescindir las Empresas, por exigir las los públicos, y, a mayor abundamiento, por ser tradicionales en los carteles.

Mas hogaño, ganaderos y toreros, en estrecha convivencia, encontraron la fórmula escamoteadora del verdadero toro, amparándose con íntimo regocijo en unas modernistas y, por lo visto, ya crónicas circunstancias. Y de ese cubileteo surgió, tomando carta de naturaleza en los ruedos, la triste estampa del utrero



Guerrita arrancando a matar a Cocinero, de Félix Gómez, la tarde del 17 de mayo de 1894, en la Plaza de Madrid

He aquí un toro cuajadito, respetuoso, mayor de edad, lidiado el 12 de junio de 1935 —¡no hace tantos años!— en la Plaza de Aranjuez. Dicen los «entendidos» que para el toreo actual resulta pasado y pesado, y, además, que las «circunstancias» no les permite criarlo a los ganaderos. Pues bien: resignémonos a no verlo de momento por los ruedos



aseadito y relozón —con menos fuerza que una gaseosa y menos carne que un potaje—, desvirtuando el espectáculo, restándole belleza y emoción y convirtiéndolo, por último, en ridícula pantomina circense sin riesgo ni gallardía...

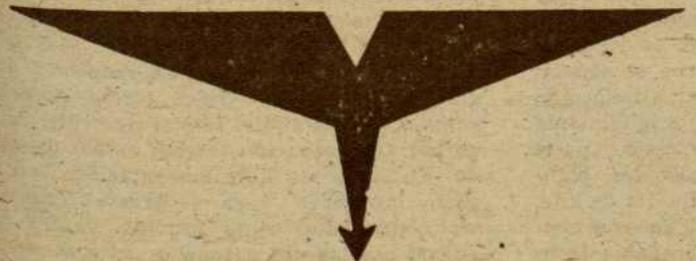
Para que tengan mérito las suertes de la lidia se requiere sean llevadas a cabo con toros. Pues mucho más importante es ver el dominio del diestro con un toro, siquiera sea bravucón, que demostrar ¡habilidad! ante inocente y jovencuelo enemigo que no inspira respeto alguno.

Infinidad de veces hemos dicho y escrito —conste que exteriorizamos un criterio personal— que somos partidarios del toro con cinco años, por estimar que con la citada edad es cuando realmente puede desarrollar este animal todo el poderío de que es capaz, por hallarse en el apogeo de su vida y facultades. Y en este momento volvemos a insistir, antes de que la próxima temporada comience, y, aunque nuestra voz caiga nuevamente en el vacío, que preferimos el cincoaño, abandonado en su crianza a los medios naturales, al cuatreño lucidito y al utrerillo precoz. Porque, sencillamente, el espectáculo es de TOROS, y sin ellos, en la amplia extensión de la palabra, no tiene la fiesta ni interés, ni color, ni emoción.

No añoramos aquel animal de tragedia que espantaba a público y lidiadores. No queremos la pesada mole con encornadura kilométrica y torpes movimientos. Ni pretendemos la vuelta del viejo armatoste, grandullón, destartado y marrullero; pero tampoco podemos conformarnos con el tierno novillote, nervioso y saltarín. Ni esto, ni aquello.

El patrón que la afición reclama para la lidia al uso no es un imposible. Se trata del toro en su justo medio. Del toro con buen trapío, limpio, lleno sin exageración, vigoroso, ágil, flexible, proporcionado, serio y, al menos, con los cuatro años cumplidos que determina el artículo 26 del vigente Reglamento. Pues, con esta edad, mantenido exclusivamente a hierba, y ayudándole de utrero a cuatreño con algo de pienso, acusará el toro un peso aceptable, si, como es natural, pudo moverse en el campo con desahogo y se le procuró en abundancia floreo de pastos y alcaceres. La fórmula no tiene intrínsecas: dejarle que cumpla los cuatro añitos dentro de un buen régimen alimenticio.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180

AREVA

La UNION DE MATADORES MEXICANOS dice que no...

Y queda roto el Convenio taurino existente entre los toreros españoles y mejicanos

Una charla con el presidente de la Junta, Juanito Belmonte



Juanito Belmonte en su charla para EL RUEDO

La Junta técnica del Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, reunida el miércoles para tratar del Convenio taurino hispanomejicano



Morenito de Talavera, que, a causa de la ruptura del Convenio, no pudo torear el domingo en Méjico en la corrida que tenía contratada

CUANDO creíamos que todo se había arreglado favorablemente, ahora resulta que el Convenio existente entre los toreros españoles y mejicanos acaba de ser roto... desde Méjico.

¿Causas?

En la calle se dicen muchas cosas, pero quizá ninguna de ellas se ajuste a la verdad. Si alguien podía decirnos algo, que aclarase la vaga noticia recogida en los cenáculos taurinos, este «alguien» sólo podía ser Juanito Belmonte, porque Juanito Belmonte, como presidente de la Junta encargada de revisar el Convenio, era el que mejor podía orientarnos.

Y con Juanito Belmonte estuvimos hablando en la mañana del pasado domingo.

—¿Cómo ha sido eso?— le preguntamos.

El diestro sevillano no me contestó directamente.

—Te voy a explicar un poco todo esto, antes de contestar a tu pregunta. Verás: Hace ya algún tiempo, ante las reiteradas protestas de algunos toreros por la aplicación del Convenio taurino entre España y Méjico, el Sindicato Nacional del Espectáculo señaló la conveniencia de revisar el Convenio para de un modo definitivo regular el mentado intercambio. Yo fui llamado y expuse mis razones. Creí entonces, y sigo creyendo hoy, que muy poco en concreto se podía hacer. El mal era de origen. Se hizo mal, rematadamente mal, y nosotros recogíamos la funesta herencia. Advertí que el Convenio existente sólo podía ser objeto de algunos remiendos, aun a sabiendas que los remiendos en escasas ocasiones tienen efectividad. Sin embargo, se siguió adelante. El 28 de octubre del pasado año se convocó a los matadores de toros para una reunión, que se celebró el 6 de noviembre, con objeto de elegir una ponencia para el estudio y revisión del Convenio. A esta primera reunión se presentaron muy pocos toreros. Se les volvió a citar unos días después, y en esta reunión que llegó constituida la Junta de matadores de toros, en la que formaban como vocales Domingo Dominguín, Antonio Bienvenida, Parrita, Morenito de Valencia y yo como presidente de la misma. Esta Junta se reunió, se consultó a los altos organismos, se recabó la participación de los novilleros en las deliberaciones e igualmente fueron convocados los subalternos, y éstos, aparte de ser enterados de las gestiones realizadas, plantearon sus aspiraciones. La Junta, a finales de año, remitió a la Unión de Matadores Mexicanos las nuevas bases del Convenio. En ellas se proponía la libertad de contratación de toreros españoles por todas las Empresas de las Plazas mejicanas y no como hasta ahora, con exclusivas para El Toreo, pasada hoy a la Monumental de Méjico. Los toreros mejicanos tendrían derecho a un puesto en cada co-

rrida que se celebrase en España. En la propuesta se hacía la advertencia de que, caso de no contestar en un plazo de diez días, se entendía que eran aceptadas las condiciones enviadas.

Los toreros mejicanos contestaron que ellos admitían el 50 por 100 en las actuaciones de toreros de ambos países; no aceptaban la libre contratación; deseaban que en los novilleros hubiese reciprocidad con remuneración de 10.000 pesetas por actuación en España, y estaban conformes con lo de no tener obligación de traer subalternos, cosa que así se señalaba en las condiciones remitidas por nosotros. Acordaban los toreros mejicanos que si el 6 de enero no se recibía contestación no podrían, a partir de esa fecha, actuar los diestros españoles en Méjico. Este acuerdo fué más tarde ampliado hasta el 31 de enero.

El día 15 de enero escribí a Manolete explicándole lo que la Junta creía que era más conveniente hacer.

Personalmente no tuve contestación. Y como presidente de la Junta, recibí un cable firmado por Luciano Contreras, en el que me decía: «En asamblea verificada hoy toreros españoles en ésta —se refiere a Méjico—, de acuerdo con Unión de Matadores, condición de no denunciarse ni rescindirse unilateralmente Convenio, sino sustituirlo común acuerdo ambas partes. Conformes modificación cuadrillas. Rectifiquen conformidad». Más tarde recibimos una nueva propuesta redactada en los siguientes términos: «Única forma subsistir intercambio taurino actual será el siguiente: Primero. El 50 por 100 actuación toreros ambos países. Segundo. No se acepta libre contratación. Tercero. Respecto novilleros, haya verdadera reciprocidad de ser contratados como mínimo cuatro, ganando 10.000 pesetas por actuación, esto es, en igualdad de circunstancias que los españoles, y deberán ser contratados a través de los matadores de Méjico y el Sindicato Nacional del Espectáculo de España. Cuarto. Conformes en no llevar cuadrillas. Resto bases quedarán aceptadas. Caso de no contestar

término diez días misma vía, daremos por terminado actual Convenio».

Juanito Belmonte consulta unos documentos, y después de una pequeña pausa, nos dice:

—Nos acercamos al final. La Junta, en todo momento, junto a sus proposiciones, dejaba una pequeña puerta de escape, con el fin de no llegar a una ruptura por nuestra parte. Por esta razón seguían las negociaciones, a pesar de existir un cable mejicano intemperante e incorrecto, que estuvo a punto de terminar con todo. La buena disposición por nuestra parte era patente. Lo único que deseábamos, quizá un poco teóricamente, era el que los toreros que marchasen a Méjico tuvieran ocasión de torear por los Estados algunas corridas. Era una esperanza que queríamos ofrecer a todos los toreros españoles... y este afán nos llevó, el pasado día 11, a enviar el siguiente cable: «Finalizada temporada mejicana, ratificamos proyecto enviado siguientes modificaciones: el 33 por 100, ampliárase criterio Junta al 50. Españoles en Méjico, reduciríamos libertad contratación al 70 por 100. Novilleros conformes proposición nuestro intercambio cuatro y cuatro. Esperamos contestación plazo diez días. Caso no aceptar esta definitiva propuesta, consideramos nulo Convenio, estimando necesario contacto personal para formalizar negociaciones otro nuevo antes comienzo temporada.» A este cable, en el que nos ofrecíamos a trasladarnos a Méjico, para tratar más directamente, se nos contestó con este otro de la Unión de Matadores: «Enterados contenido su cable 11 febrero contradiciendo suyos anteriores, no aceptamos propuestos ni intermediarios. Declaramos terminado Convenio vigente hasta la fecha.»

—¿Así terminaron las negociaciones?

—Exactamente así.

—¿Pero todas las negociaciones no se habían realizado sobre la base de la próxima temporada? En este caso, ¿es lógico que no se haya dejado torear el domingo a Manolete ni a Morenito de Talavera?

—Nuestra sorpresa es ésta. Legalmente, lo mismo Manolete que Morenito y que otros matadores tenían que seguir toreado hasta final de la temporada. Luego entraba en vigor la ruptura; antes, no. Claro que los mejicanos han podido poner en práctica aquello que les pasó a ellos en el 36...; el mal no es de ahora; el mal es de origen. Entonces, cuando se llegó al primer Convenio, es donde las cosas debían haber quedado aclaradas lo suficientemente. Si entonces no se hizo, no íbamos nosotros a enmendar la plana. De todas las maneras, la Junta, en todo momento, buscó el acercamiento con la mejor voluntad...; pero ahora parece que era allí, en Méjico, donde había verdaderos deseos de acabar con el Convenio.

Y Juanito Belmonte no creyó necesario decir una palabra más a lo dicho.

El pasado martes se reunieron los matadores de toros, por la mañana, y los novilleros, por la tarde. A estas dos reuniones hay que sumar la celebrada ayer, miércoles, por los subalternos. El lector ya sabe por la Prensa diaria los pormenores de estas reuniones.

Nosotros nos hemos vuelto a entrevistar con Juanito Belmonte, y el presidente de la Junta nos dijo: —Nos interesa hacer constar —dice Belmonte— y deben saberlo nuestros queridos compañeros de profesión mejicanos, que, por encima de todo detalle de conquista en los Convenios, hay un espíritu de especial interés por el acuerdo, porque creemos que conviene a la Fiesta el intercambio de toreros. A ellos, porque la cantidad y la calidad de los nuestros remozza y anima sus carteles; a nosotros, porque la competencia obliga a intentar el mejoramiento. Sobre esta base de buena intención están hechas las gestiones.

—¿Qué razones aduce la Unión para no acceder a la libre contratación pedida?

—No dice cuáles son; se limita a negarla. La Junta estaba obligada moralmente a hacer esta petición, porque no es justo que los toreros españoles que se trasladan a Méjico con ilusiones de triunfo y de dinero se encuentren con que apenas si pueden torear en los Estados, ya que el puesto de único matador español a que obliga el tanto por ciento estará ocupado siempre por la figura.

—En la revisión hecha por la Junta del Convenio anterior y en la nueva propuesta, ¿hay sólo un interés comercial o existen razones artísticas de otro orden?

—La propuesta española está basada en el correspondiente cálculo económico, de relación comercial. Pero siempre en perjuicio nuestro. En Es-

paña se torear al año más del triple de corridas que en Méjico; si los toreros mejicanos pueden torear trescientas corridas aquí, y los españoles allí alrededor de cincuenta, es natural que no sea igual el tanto por ciento de inclusión.

—¿Qué acuerdo concreto se ha tomado en la reunión de matadores?

—Estamos dispuestos a continuar las negociaciones, ya que nosotros no las hemos cortado.

—¿Y no ha perjudicado el cable de la Junta a los propios compañeros? La temporada estaba terminándose, pero no terminada.

—El espíritu de nuestro último cable era el de querer nuevo Convenio al terminar o al «finalizar» la temporada.

—Tal como están planteadas las cosas, ¿qué gestión piensa hacer la Junta?

—Hemos puesto un cable a Manolete para que haga ver a los matadores de la Unión que estamos animados a nuevas conversaciones, pero ya en viaje nuestro allá o de ellos a España; conversaciones directas.

—¿Qué explicación tiene la intransigencia de la Unión?

—La de conservar el primer acuerdo. En definitiva, todo lo que se debate es un problema de treinta puestos en nuestras corridas de provincias. No tiene, pues, tanta envergadura.

—Se dice que hay un cable de Manolete a Arraza, en el que le ratifica su amistad y su identificación de conducta.

—Tengo noticias de él; pero no conozco el texto más que por referencias. De Nueva York preguntan qué ambiente ha creado ese telegrama; pero mal podemos contestarlo cuando oficialmente nada se sabe. El jefe del Sindicato del Espectáculo ha precisado ya que toda gestión fuera de él no tiene validez.

Y nada más nos dice el jefe del Grupo Taurino. Es bastante, desde luego. Los mejicanos quieren conservar las ventajas del primer acuerdo, y es natural. Pero los españoles quieren revisar aquél y restar alguna de las ventajas concedidas, cosa que también es natural. He aquí dos naturales que valen por una faena.

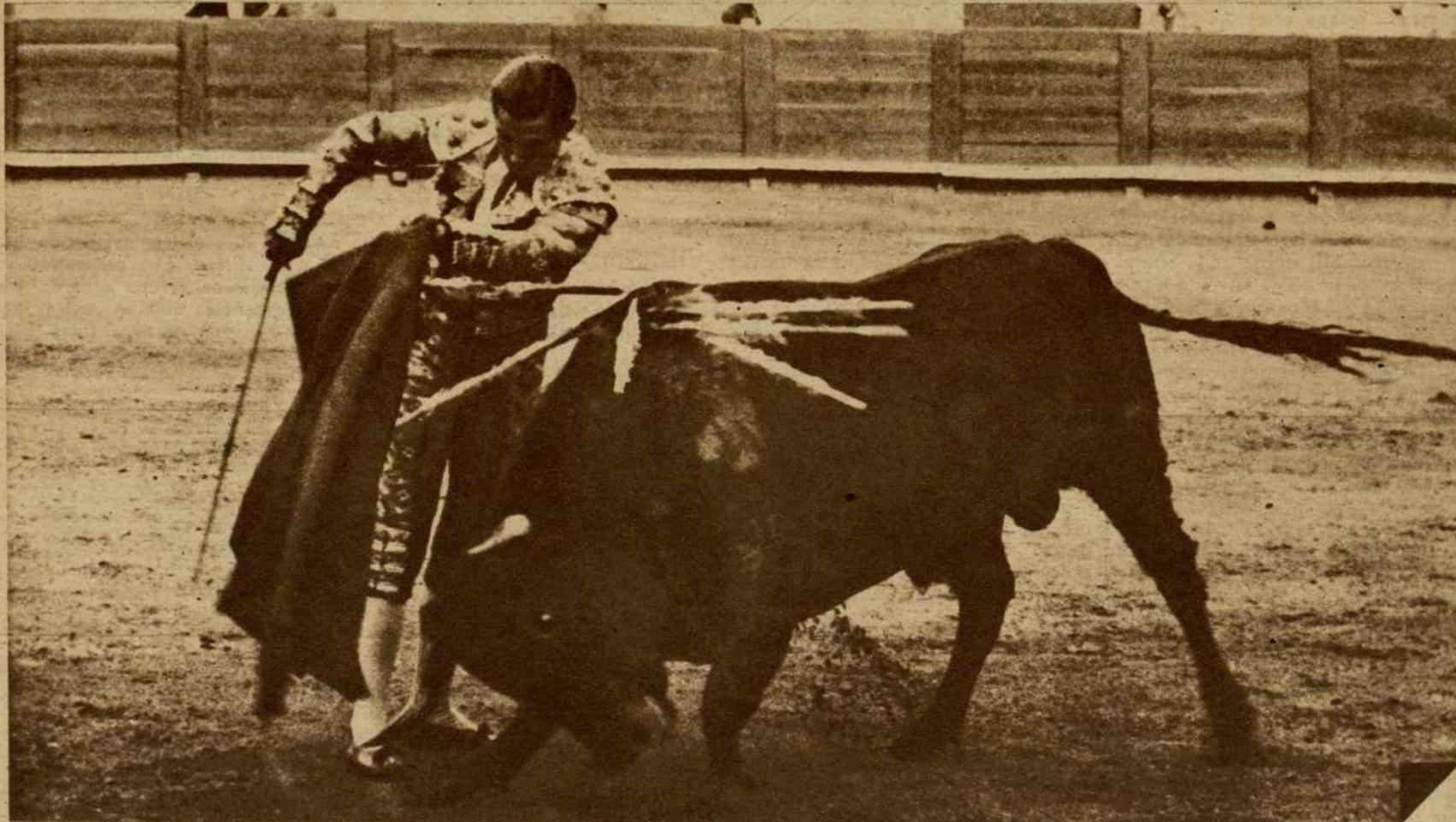


Durante la mañana de dicho día se celebró la Asamblea de matadores de toros, bajo la presidencia de Juanito Belmonte



Por la tarde se reunieron con la misma finalidad los matadores de novillos, presididos por Manolo Navarro (Fotos Cifra y Zarco)

PEPIN MARTIN VAZQUEZ



La máxima figura del toreo, Pepín Martín Vázquez, en un soberbio pase de pecho con la izquierda

EL PLANETA DE LOS TOROS

Los carnavales taurinos de CIUDAD RODRIGO

TRES días de toros, mañana y tarde, indican que la bellísima Ciudad Rodrigo sabe echarle rumbo y alegría a sus tradicionales festejos carnavalescos taurinos. Ahora, casi exclusivamente taurinos, puesto que el Carnaval ya no existe. Sin embargo, por las calles, en el ruedo de la Plaza, se ven mozos ataviados de tan estrambótica manera que por máscaras se les podía tomar. Les faltan las caretas, pero el vino se encarga de transformarles los rostros.

Ciudad Rodrigo fué plaza fuerte. Conserva buena parte de sus murallas, con sus fosos, sus caminos de ronda, sus garitas, sus puentes, en otro tiempo levadizos. Por uno de éstos entran en la ciudad los

toros que han de ser lidiados mañana y tarde. Por sus calles, estrechas, antañonas, defendidas sus bocacalles por carros, va el encierro, precedido de la bullanga y del retozo, del flamear, delante de los toros del mocerío, que hace alarde de su valor y de la potencia de sus piernas y de sus pulmones. Igual que en Pamplona, el encierro apasiona y congrega en su recorrido al pueblo entero, que se solaza con sus incidencias y con su emoción.

Desde lo alto de las murallas lo vi. Benigna era la temperatura en esta mañana de febrerillo el loco, entoldada por nubes cenicientas y negras, que el sol a ratos rompía. El río Agreda, acrecentado su caudal por lluvia abundante. El campo, de un verde tierno, brillante. Allá en el horizonte, montañas de Portugal, Sierras del confín de la Extremadura, tierras salmantinas que alimentan toros bravos, ganado morucho, entretienen embelesados a los ojos mientras el encierro llega. Junto al puente levadizo, como falange guerrera, dispuesta a recibir al enemigo, trescientos o cuatrocientos muchachos lo esperan. Llevan las armas de sus gritos, bailan, cantan y a su algazara se mezclan los chillidos femeninos, motor de su ánimo, acicate de sus bravatas. Ya se divisa el grupo de los toros y los vaqueros. Ya se percibe el son de los cencerros. Y como una invasión incontenible el encierro atraviesa la porterna, cedida sin lucha, antes bien recibida con vítores. Y confundidos los toros con los hombres, enfilan las calles que a la plaza Mayor conducen.

Hacia allá vamos todos envueltos por el griterío. Y en el balcón de una prodigiosa morada renacentista que al marqués de Cerralbo perteneció, de piedra rosada como femenina carne juvenil, presenciemos la capea mañanera. Rebotan tablados y barandales de gentío. Toca el clarín. Sale el toro. El piso del improvisado coso no es de arena, es de barro. Lo invaden mozos del pueblo y aficionados, torerillos en agraz. Uno de ellos, nada más abierto el toril, instalado en los bajos del portentoso Ayuntamiento, se hinca de rodillas y recibe el ímpetu del

toro con una impecable y valentísima larga cambiada. Jamás vi lance más perfecto. El toro es grande y astifino. Pero a nadie amedrenta. Mozos y torerillos lo acosan, lo desafían. Capotillos descoloridos, muletas remendadas, chaquetas, blusas, trozos de saco, flamean. El toro corre, cornea. A veces, resbala en el barrizal y cae. Ni a los torerillos, ni a los mozos les pasa otro tanto. Su agilidad y su valor evitan los peligros sin huirles. Y así hasta cuatro toros, más uno de propina. Y cuando el reloj municipal canta el mediodía, la capea acaba y la lluvia comienza. Pero a nadie intimida. En los tablados sigue la bulla, el cante, el baile. Y sólo la llamada de la pitanza acaba el jolgorio, que a las cuatro de la tarde comienza de nuevo, con la lidia de dos novillotes de muerte estoqueados por profesionales vestidos de corto. A esta parte, relativamente seria, siguen otros cuatro de capea.

A mi lado, en el balcón prócer, dos matadores. Juan Mari Pérez Tabernero y Parrita, discuten sobre la eficacia de las capeas como aprendizaje taurino. Parrita la niega. Sostiene que sólo enseñan a defenderse. Juan Mari añade que en las capeas lo que sepan lo olvidan. Don Antonio Pérez Tabernero, contradice estas opiniones.

—¡Claro que aprenden a defenderse, porque antes el torero necesitaba esta defensa, por que el toro atacaba! Hoy el toro es académico. Antes no había ni Plazas de tientas y el torero se hacía en las capeas.

Que me perdonen los matadores, pero creo que tiene razón don Antonio. Esa larga cambiada de rodillas que el torerillo dió, revela la posibilidad de un torero. Pero también es verdad que en el toreo actual la emoción no se valora. Por esto prometo mi asistencia todos los años a los Carnavales taurinos de Ciudad Rodrigo, último refugio de las capeas, donde las mujeres chillan cuando el toro embiste al torero, no por miedo de que lo cojan, sino para animarlo a darle la cornada. Y esto claro que es cruel. ¿Pero no existe crueldad en la lidia y muerte de un inválido que se cae, no como éstos de la capea de Ciudad Rodrigo, porque resbalan en el barro, sino por pura debilidad de patitas? Pues entre crueldad y crueldad, me quedo con la de las capeas.

ANTONIO DIAZ-CARABATE



RESUMEN DE UNA ENCUESTA

UNA iniciativa del director de EL RUEDO, tomando pie de un articulejo mfo, que nunca pensé que iba a tener tal trascendencia, ha traído a las páginas de esta revista opiniones de insuperable solvencia sobre la suerte de varas, tal como hoy se practica, y sobre las condiciones de la puya, instrumento de la suerte y parte importantísima en el resultado de ella.

Me corresponde ahora hacer como un resumen de estos juicios y dar una opinión propia sobre el caso, a que me obligué en aquel afortunado escrito. Y a ello me lanzo como llave y clausura de esta interesante encuesta.

Sale de mi propósito exponer las opiniones emitidas y polemizar sobre ellas. En la colección de EL RUEDO están, y todas —juzgo que desde distintos puntos de enfoque— dicen cosas sustanciosas sobre el tema. Por ello, si algo eficaz puede hacerse, creo que es sacar una consecuencia final de todas ellas, pues pese a los distintos puntos de vista, todas tienen una homogeneidad, unas coincidencias en cosas esenciales, que autoriza para prometerse una solución al problema planteado. Y así he de empezar en exponer en qué consiste esta coincidencia.

Todos los opinantes lo han hecho partiendo, en sus juicios, de un predicado común, a saber: que la suerte de varas, tal como hoy se practica, es inadmisibile, y que, aunque se estimen las causas de ser así de distinta manera, todos reconocen la necesidad de la reforma. Es importante señalar esta coincidencia, aunque parezca —y, efectivamente, sea— de tipo excesivamente general, porque podrá haber disconformidad en los medios de intentar el arreglo, pero no en el convencimiento de que éste se impone. Para varios de los opinantes, y aunque no lo hayan expresado, creo que, para todos, una de las causas de la decadencia de esta suerte está en el poderío del toro, en su fuerza y pujanza. La solución, pues, sería volver al toro reglamentario de peso y trapío. Creo que ninguna oposición encontraría por parte del público el intentar el remedio por este camino. Cuanto en él se haga ha de parecer a todos loable, y no sólo por este aspecto parcial, aunque capital, de la lidia que nos ocupa; pero sin regatear esfuerzos a esta campaña, ¿puede uno prometerse un éxito rápido y favorable en este empeño? Y aun en caso de lograrse, ¿sería suficiente para meter en caja la suerte de varas? ¿No hay otros factores en ella que, al variar sus condiciones, la han hecho entrar en el derrotero que lamentamos?

Algunos de los opinantes tienen por causa principal de esa decadencia el sistema de picar de los picadores. Es indudable, y creo que es otro de los puntos de coincidencia, que los picadores rajan, barrenan, hacen la "carioca", validos de la impunidad que les brindan las pocas fuerzas del toro y el beneficio del peto. Pero esto, ¿qué remedio puede tener? Acaso la dureza en las sanciones por parte de la autoridad limitara los inconvenientes con un temor saludable; pero dudo que fuera suficiente para extirpar el mal que lamentamos.



José Maria de Cossío

Asimismo la coincidencia expresa de varios en la repulsa del peto se alía con el consentimiento tácito de los más; pero creo imposible (e inconveniente) tratar de suprimir el peto, que si tiene todos los fallos y defectos que tantas veces se le han señalado, tiene asimismo muchas ventajas, si no para la suerte, sí para el aspecto humano y hasta estético de la fiesta. Los que no vieron aquellos primeros tercios de hace veinticinco años no les tolerarían hoy, si resurgieran. Asimismo, la seguridad de los

piqueros es mucho mayor, y no seré yo el que la lamente, sino el que la celebre y aplauda. Los remedios de la suerte de picar no han de fiarse a una campaña contra los petos, que sería estéril y, vuelvo a repetirlo, inconveniente. Lo que hemos de buscar por todos los medios es que se pique debidamente con los petos.

Queda tan sólo un elemento de la suerte, que parece hay temor en abordar en serio: el instrumento de la lidia a caballo, la puya. Yo no creo que en ella sola puede estar el remedio; pero pienso que, de todos los intentos que pueden hacerse por mejorar la suerte de picar, una modificación en la puya sería el más sencillo y hacedero, y si se me apura, el único posible. Pensar que los toros han de tener fuerza y que los piqueros han de picar conforme al arte o que han de volver los tiempos anteriores al peto, es pensar lo excusado y ganas de dar largas al asunto, sin intentar mejorarlo, ya que sea imposible resolverle. Porque resolución definitiva no la espero, y me place reconocer la razón que asiste a "Don Ventura" para recordar que en todas las épocas se ha picado mal, o, al menos, así se lo ha parecido a los aficionados.

La modificación que, a mi entender, debiera hacerse en la puya debe reunir dos condiciones: la primera, que respete lo esencial de la puya actual en la forma y en la calidad del castigo, pero evitando el abuso de usarla como lanza o perforadora mecánica. La segunda, que no debe pensarse en adoptarla reglamentariamente sin una prueba o varias pruebas previas, que convengan de sus ventajas y eficacia.

Por todo ello, yo, con el mayor respeto y como mejor haya lugar, solicito la intervención del señor Director general de Seguridad o de a quien competa este ramo del espectáculo, para que por sí, o asesorado por los elementos de la fiesta de toros que crea oportuno convocar con este fin, provea lo más conveniente. Y como asesoramiento oficioso, el que suscribe cree que lo más eficaz y hacedero sería fijarse en tres puntos esenciales: 1.º Debe exigirse con mayor rigor cada vez el trapío, poder y peso reglamentario en el toro. 2.º La presidencia debe extremar el rigor para sancionar a los picadores que no consumen la suerte de varas conforme al arte, imponiendo, no multas, que nunca podrían ser excesivamente cuantiosas, sino llegando a la suspensión del piquero en su ejercicio por un espacio de tiempo o un número de corridas que pareciera suficiente. 3.º Debe estudiarse la modificación de la puya y buscarse algún modelo que evite los inconvenientes que vemos cada día. Llegado el momento, yo mismo puedo informar de iniciativas bien orientadas, que, si en las pruebas resultan eficaces, ni espadas, ni piqueros, ni ganaderos, pueden ponerlas objeciones. Es más: puedo anticipar que se conservaría exactamente la forma y el escantillón de la puya actual, sin más que una leve modificación, que impediría el barrenar y el usar de las malas artes que hoy vemos. Porque si el palo entra por las buenas hasta la arandela, no seré yo el que proteste, sino el que aplauda el buen arte del picador y el poder del toro, que uno y otro son necesarios para que tal cosa suceda legalmente.

JOSE MARIA DE COSSIO





Un grupo de concurrentes a la fiesta celebrada por la Peña taurina de Tetuán de las Victorias para conmemorar el primer aniversario de su fundación

La Peña taurina de Tetuán de las Victorias aspira a que se reconstruya la Plaza en que comenzaron muchos grandes toreros
De momento se propone emplazar una, portátil, en el propio solar de la destruida

LA Peña taurina de Tetuán de las Victorias —agrupación de entusiastas de la Fiesta Nacional— ha celebrado la pasada semana el primer aniversario de su fundación. Gente sencilla y obsequiosa, quiso celebrar la fecha invitando a una copa de vino español a diversas personas destacadas relacionadas con «el toro».

Allá se congregaron más de trescientos aficionados y... pocos toreros. Con Rafael Llorente, el matador de Barajas, se sentaron en la mesa presidencial Vicente Pastor, Marcial Lalanda, Rayito... Fué una fiesta agradable, donde hasta se pronunciaron discursos, alguno no del todo oportuno.

Cuando el presidente de la Peña, don Mariano Ramos, y el grupo de directivos que le



El poeta Martínez Remis, colaborador de EL RUEDO, recita a los socios de la Peña uno de sus romances taurinos



Aficionados de la Peña de Tetuán en una de sus excursiones para ver actuar, en pleno verano, a algún torero del barrio

El presidente de la Peña, don Mariano Ramos, predica con el ejemplo. Y aquí pasa sus apuros frente a una becerra



acompañaba, terminaron de cumplir sus funciones de cortesía, les requerimos para que nos dieran una breve impresión de la misión que la Peña realiza, y allá nos refugiamos en una habitación contigua al gran salón del café, que está destinada a salón de lectura de los socios.

Las paredes están cubiertas de fotografías de toreros de ayer y de hoy, y sobre las mesas pueden contemplarse ejemplares de las revistas dedicadas a recoger el ambiente y los pormenores del ruedo.

—¿Quiere usted, amigo Ramos, decirnos algunas particularidades de esta Asociación?

—Acaso sea una de ellas —nos responde— la severidad de su Reglamento. Por lo pronto, prohíbe terminantemente la ampliación del nú-

mero de sus anliados. Sólo en casos de defunción o expulsión pueden cubrirse las vacantes producidas entre los cincuenta socios, todos ellos con el carácter de fundadores. Al aspirante se le exige que venga avalado por dos asociados y que se comprometa a abonar la totalidad de las cuotas desde la fundación de la Sociedad.

—¿Qué profesiones predominan entre los afiliados?

—Las profesiones liberales se dan la mano con las actividades del comercio y la industria. Toreros en activo tenemos cuatro socios, vecinos de Tetuán: Eleuterio y Vicente Fauró, Matapozuelos, hijo, y Manolo Ramón.

—¿A qué otras obligaciones se comprometen ustedes?

—A la de no faltar, una vez comenzada la temporada, a ninguna corrida, por modesta que sea, de cuantas se organicen en Madrid. Independiente de ésta, ineludible, organizamos, con carácter voluntario, viajes colectivos a las principales ferias de España. Habiendo toros, a los toros, y a localidades visibles, a fin de que nadie pueda escabullirse.

—No es mala precaución. Pero ¿no creen ustedes que tales medidas son un poco severas?

—Para nosotros no hay opción. A los toros, cuando hay toros, o a cursar inmediatamente la baja en la Sociedad.

—¿Siente la Peña preferencia por un torero determinado?

—No. Porque si en las tertulias taurinas falta la discusión y el contraste de criterios, no hay tertulia.

—¿Quiere decirme qué otras actividades desarrollan ustedes?

—En nuestro deseo de no estar ausentes de cuantos actos se organizan relacionados con la Fiesta, una representación de la Peña taurina de Tetuán, integrada por cuatro asociados, designados por riguroso sorteo, acude a todo banquete, vino de honor o acto similar que se celebre para festejar a un torero, sea cual fuere. Bien es verdad que a estos cuatro compañeros siempre se unen dos o tres docenas más, con carácter voluntario.

Don Mariano Ramos habla con fervoroso entusiasmo del interés con que la agrupación sigue las actuaciones de los toreros del barrio. Y cuando las distancias no son excesivas, se trasladar en autocar a las Plazas en que tolean, para que no falte el de su presencia a los modestos artistas.

—Pero, a todo esto, ¿qué opina Tetuán de las Victorias de la desaparición de su Plaza?

—Por mucho tiempo que pase, nunca podremos consolarnos de su desaparición. La Placita de Tetuán conservaba una personalidad y tenía un regusto a «toros» auténticos, en un ambiente recogido. Hoy, en cambio, Madrid, carente de la Plaza donde se calibraban los nuevos valores, advierte la falta de tan necesaria antesala a su circo monumental. Hasta la fecha no han dado resultado las tentativas hechas por la Peña taurina para conseguir una concreta e inmediata decisión. Ella, por sí sola, carece de los concursos necesarios para llevar a buen término la tarea. Pero no conforme con la situación actual, va a acometer la solución de alquilar una Plaza portátil para que sea instalada en el mismo solar donde se alzó el coso simpático y acogedor.

—¿Quiere decirme qué otras actividades desarrollan ustedes?

—En nuestro deseo de no estar ausentes de cuantos actos se organizan relacionados con la Fiesta, una representación de la Peña taurina de Tetuán, integrada por cuatro asociados, designados por riguroso sorteo, acude a todo banquete, vino de honor o acto similar que se celebre para festejar a un torero, sea cual fuere. Bien es verdad que a estos cuatro compañeros siempre se unen dos o tres docenas más, con carácter voluntario.

Don Mariano Ramos habla con fervoroso entusiasmo del interés con que la agrupación sigue las actuaciones de los toreros del barrio. Y cuando las distancias no son excesivas, se trasladar en autocar a las Plazas en que tolean, para que no falte el de su presencia a los modestos artistas.

—Pero, a todo esto, ¿qué opina Tetuán de las Victorias de la desaparición de su Plaza?

—Por mucho tiempo que pase, nunca podremos consolarnos de su desaparición. La Placita de Tetuán conservaba una personalidad y tenía un regusto a «toros» auténticos, en un ambiente recogido. Hoy, en cambio, Madrid, carente de la Plaza donde se calibraban los nuevos valores, advierte la falta de tan necesaria antesala a su circo monumental. Hasta la fecha no han dado resultado las tentativas hechas por la Peña taurina para conseguir una concreta e inmediata decisión. Ella, por sí sola, carece de los concursos necesarios para llevar a buen término la tarea. Pero no conforme con la situación actual, va a acometer la solución de alquilar una Plaza portátil para que sea instalada en el mismo solar donde se alzó el coso simpático y acogedor.

—¿Quiere decirme qué otras actividades desarrollan ustedes?

—En nuestro deseo de no estar ausentes de cuantos actos se organizan relacionados con la Fiesta, una representación de la Peña taurina de Tetuán, integrada por cuatro asociados, designados por riguroso sorteo, acude a todo banquete, vino de honor o acto similar que se celebre para festejar a un torero, sea cual fuere. Bien es verdad que a estos cuatro compañeros siempre se unen dos o tres docenas más, con carácter voluntario.

Don Mariano Ramos habla con fervoroso entusiasmo del interés con que la agrupación sigue las actuaciones de los toreros del barrio. Y cuando las distancias no son excesivas, se trasladar en autocar a las Plazas en que tolean, para que no falte el de su presencia a los modestos artistas.

—Pero, a todo esto, ¿qué opina Tetuán de las Victorias de la desaparición de su Plaza?

—Por mucho tiempo que pase, nunca podremos consolarnos de su desaparición. La Placita de Tetuán conservaba una personalidad y tenía un regusto a «toros» auténticos, en un ambiente recogido. Hoy, en cambio, Madrid, carente de la Plaza donde se calibraban los nuevos valores, advierte la falta de tan necesaria antesala a su circo monumental. Hasta la fecha no han dado resultado las tentativas hechas por la Peña taurina para conseguir una concreta e inmediata decisión. Ella, por sí sola, carece de los concursos necesarios para llevar a buen término la tarea. Pero no conforme con la situación actual, va a acometer la solución de alquilar una Plaza portátil para que sea instalada en el mismo solar donde se alzó el coso simpático y acogedor.

—¿Quiere decirme qué otras actividades desarrollan ustedes?

—En nuestro deseo de no estar ausentes de cuantos actos se organizan relacionados con la Fiesta, una representación de la Peña taurina de Tetuán, integrada por cuatro asociados, designados por riguroso sorteo, acude a todo banquete, vino de honor o acto similar que se celebre para festejar a un torero, sea cual fuere. Bien es verdad que a estos cuatro compañeros siempre se unen dos o tres docenas más, con carácter voluntario.

F. MENDO

Otro aspecto de la fiesta celebrada en la semana pasada por la Peña de Tetuán de las Victorias. (Fotos Baldomero.)

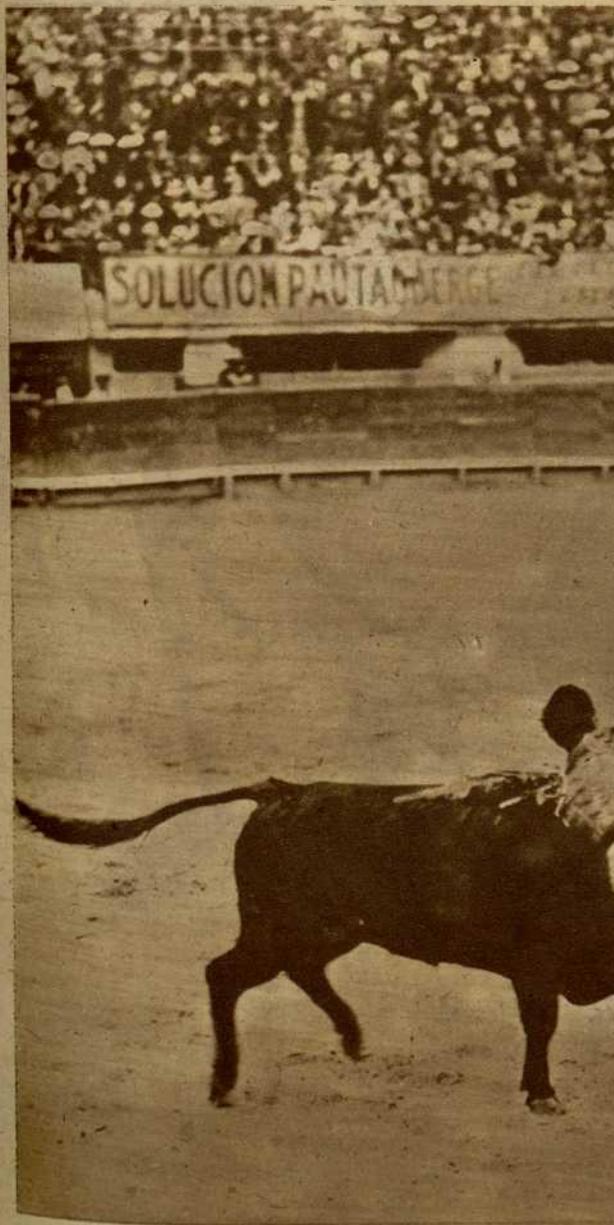


El padre de José Roger Serrano fué banderillero. Un banderillero muy bueno que toreó con El Espartero, con Emilio Bomba, con Mazzantini... Era valenciano, y ello explica la razón de su alias. Como peón, el primer Valencia fué extraordinario; como mentor de jóvenes aspirantes a toreros, no tuvo que envidiar a nadie. Fué él quien dirigió los primeros pasos de Vicente Pastor, y Pastor cortó la primera oreja que se concedió en serio en Madrid. Luego preparó a sus hijos José y Victoriano. José fué el torero que cortó por primera vez un rabo en Madrid, y Victoriano llegó a primera figura indiscutible.

Al que fué banderillero de Manuel García era difícilísimo engañarle en materia taarina. Sabía bien lo que tenía auténtico valor y lo que era truco o producto de la casualidad. Para darle satisfacción no bastaba hacer las cosas; era necesario hacerlas bien. Y el punto a que había que llegar para que al primer Valencia le parecieran las cosas bien hechas era difícil de alcanzar para quien no tuviera inteligencia muy despierta, afición muy probada y valor sin límites. Pepe Valencia tuvo por maestro a su padre.

De chico iba José Roger, todos los domingos, a ver novilladas a una plaza de madera que había en un corral de Carabanchel. Se toreaba allí con traje de luces, y si es verdad que los que actuaban cobraban poco —o no cobraban—, no se puede negar que, en cambio, echaban a tierra muchas arrobas. Poco sueldo y toros muy grandes. Los tiempos eran otros. Naturalmente, Valencia no recuerda los nombres de los diestros que actuaban entonces en Carabanchel. Vió más tarde a Machaquito, Bombita y Vicente Pastor, y entiende el que fué excelente torero y magnífico matador —Pepe Valencia fué un estoqueador colosal— que la faena de Pastor a Carbonero y una que hizo Belmonte, que aquel día vestía de plata, toreando con José y Gaona, han sido las dos mejores que ha presenciado hasta ahora.

La res más brava que ha visto fué un novillo de la ganadería de don Esteban Hernández, que mató en el ruedo de Zaragoza el infortunado Jaime Ballesteros, Herrerin. El astado se había acostumbrado desde becerro a que le dieran de comer pan los pastores en la puerta de la casa del cortijo, y hasta que fué embarcado ni un día dejó de comer su ración de manos de algún pastor. Y fué en el ruedo muy bravo y noble. De los lidiados por él, recuerda el toro Vallehermoso, de Pablo Romero, señalado con el número 33, lidiado en la novillada

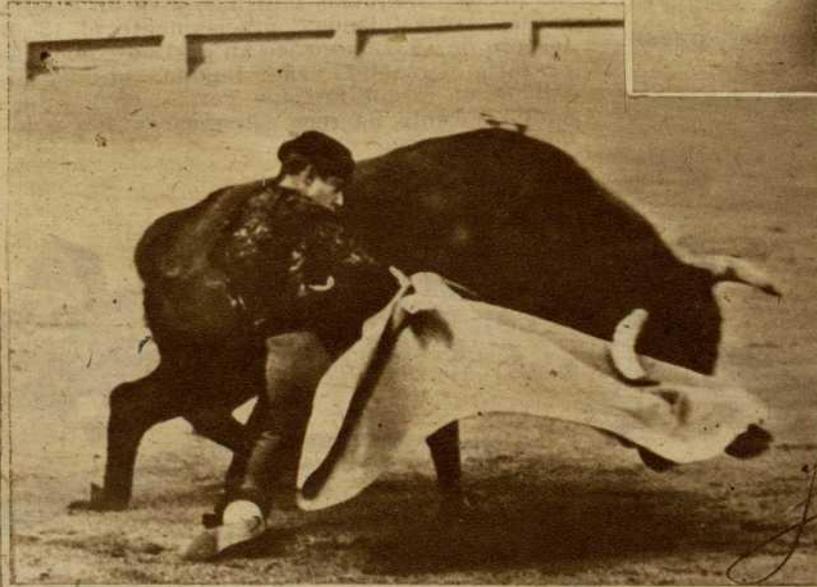


Valencia estoqueando en Méjico a un toro de San Diego de los Padres

LA MEJOR FAENA DE PEPE VALENCIA

Una Plaza de madera en un corral de Carabanchel. El toro Vallehermoso y el primer rabo que se dió en Madrid.--Una oreja concedida por orden del señor alcalde. -- Siempre se tropieza con un toro que puede más que uno

celebrada en Madrid el 11 de agosto de 1918. El toro había sido enviado para la corrida de la Prensa, pero fué rechazado porque tenía los pitones escobillados. La Empresa pidió a los mismos ganaderos cinco novillos que fueron enviados para con Vallehermoso completar corrida; pero, en corrales, un novillo mató a otro y hubo necesidad de completar la novillada con una res de una ganadería más antigua que la de Pablo Romero, res que tenía que abrir plaza. En compensación, el primer matador podía elegir el otro novillo de Pablo Romero que había de lidiar. Valencia eligió el toro Vallehermoso, con gran disgusto de los picadores de su cuadrilla. El toro fué magnífico. Pepe lo toreó muy bien con el capote, le puso tres pares de banderillas, lo muleteó con ambas manos y le dió un estoconazo hasta la cruz. Herido de muerte, a



José Roger (Valencia), durante una de sus actuaciones en Méjico

unos metros del espada, Vallehermoso quedó unos momentos inmóvil. Dobló las manos y así se acercó hasta a un metro de Valencia para rodar espectacularmente. El público vió una oreja, luego otra y después el rabo. Todo fué concedido. Era la primera vez que se daba un rabo en la Plaza de Madrid.

Pero no fué la faena hecha a Vallehermoso la mejor de Pepe Valencia. En 1934 hizo en Méjico, toreando mano a mano con Mariano Montes en la Plaza de la capital, la mejor faena de su vida. Las autoridades habían decidido no conceder orejas en la capital durante la temporada de 1924-25. Valencia había dado la vuelta al ruedo en el primero y en el tercero. Arrastrado el quinto, dió dos vueltas al ruedo. Montes fué cogido por el sexto en los primeros lances. José Roger vió que el toro era muy bueno y lo aprovechó. Estuvo muy bien con el capote, banderilleó con acierto, hizo una gran faena y mató de un estocona-



José Roger (Valencia)

zo. Y le dieron la oreja; pero fué necesario que cargara con la responsabilidad de la concesión el entonces alcalde de Méjico, señor Marcos Raya. Al final de la corrida le llevaron en hombros hasta el hotel.

Valencia recuerda otras tardes completas. Era novillero en 1919. El 2 de mayo, toreando en Madrid con Emilio Méndez, cortó una oreja. El 17 de mayo del mismo año tuvo que matar los seis novillos. Con él estaban ananciados sus hermanos Victoriano y Eugenio Ventoldrá, que resultaron cogidos. Mató seis novillos, cortó tres orejas y lo sacaron en hombros. En 1924 tuvo en Madrid tardes muy afortunadas. El 4 de mayo fué padrino de alternativa de Paradas. Este resultó cogido. Valencia cortó la oreja del toro de Paradas y otra en su segundo. Al domingo siguiente cortó una oreja en cada toro, y al siguiente, otra oreja. No olvida lo que le sucedió en Hellín toreando reses de Palha con Saleri II. Salió un toro, que correspondía a José Roger. Mató un caballo, se aculó en tablas y con el penco muerto delante no hizo ni una arrancada en los dos primeros tercios. Le pusieron banderillas de fuego, desde el callejón, en los cuartos traseros. Valencia dió instrucciones a su banderillero Chatillo de Valencia, ese simpático viejecito que desde hace unos años sirve las banderillas en Madrid. Chatillo, solo en el ruedo, sacó al toro de la querencia a punta de capote. El matador, que había arrancado de la parte opuesta a paso de banderillas, clavó el estoque en todo lo alto. Un estoconazo superior cuando lo que quiso dar fué un galletazo. ¡Con la de veces que ocurre lo contrario!

En 1922 tuvo en Ciudad Real su peor tarde. Los toros eran de Félix Gómez y con Valencia toreaban Luis Freg y Saleri II. Uno de los toros pudo más que José Roger y se fué vivo a los corrales.

Durante la temporada de 1931 toreó por última vez. Fué en Venezuela. Alternó con Carnicerito de Málaga en la lidia de seis toros del coronel Gómez. Notaba que cada vez tenía menos facultades y decidió no volver a vestir el traje de luces. Luego fué negociante y director de una escuela taarina. Más tarde se ocupó de los asuntos de su hijo, el hoy matador de toros Valencia III y actualmente se dedica a la compra y venta de ganado.

Por lo que respecta a la última temporada, me dice que fué de lamentar que no toreasen más las primeras figuras.

AUNQUE el mes de febrero pertenece a la estación invernal, la afición barcelonesa se ha sentido acariciada frecuentemente durante el mismo con las primeras auras taurinas de la temporada.

Y no sólo en el presente siglo, sino en el anterior también, encontramos pruebas de estas tempranas inauguraciones del curso taurino, pues ya en 1893, y con fecha 19 del referido mes de febrero, o sea hace cincuenta y cuatro años, los novilleros Juan Gómez de Lesaca, Eusebio Fuentes, Manene, y Francisco Piñero Gavira dieron muerte a seis bureles —como se decía entonces— del conde de la Patilla, en un espectáculo de apertura.

En un mes de febrero —el día 27 del año 1916— fué estrenada la Plaza Monumental, con Joselito el Gallo, Curro Posada y Saleri II, y seis toros de Benjumea; y no faltan quienes recuerdan que aquella misma tarde se celebró en la desaparecida Plaza de la Barceloneta una novillada con los diestros Manuel Navarro (que no era el Manuel Navarro de ahora, naturalmente), Vaquerito y Antonio Calvache.

Así, pues, el mes actual tiene abolengo torero en la populosa urbe catalana; y aunque suele empezar el ajeteo taurino con corridas de novillos, año hubo, como el de 1929, en el que el señor Balañá lo inauguró, el día 10, con una corrida de toros de primer orden, puesto que en ella tomaron parte Valencia II, Marcial Lalanda y Félix Rodríguez, y se lidiaron seis toros de don Ernesto Blasco.

No es de extrañar, por consiguiente, que en cuanto aparece el ave zancuda que anida en las torres, si es cierto aquello de que "Por San Blas, la cigüeña verás", se pregunten los aficionados barceloneses:

- ¿Se sabe cuándo empezamos?
- ¿Qué dice Balañá?
- ¿Dónde se dará la primera, en las Arenas o en la Monumental?
- ¿Se conoce el cartel?

Y así, por el estilo, una retahíla de interrogaciones.

No la Pascua de Resurrección, como ocurría



Pedro Balañá

antes, sino el Carnaval, es ahora el nuncio de los primeros efluvios taurinos, y en un domingo de Carnestolendas, precisamente el 13 de febrero de 1937, comenzó su gestión como empresario el repetido señor Balañá, con una novillada, en la que Enrique Torres, Carlos Suasoni y Vicente Barrera estoquearon seis astados de Murube.

EL MES DE FEBRERO TIENE ABOLONGO TAURINO EN BARCELONA Y POR ESO EMPEZARÁ LA TEMPORADA ESTA SEMANA



Francisco Posada

Una tarea empezada bajo el reinado de Momo parecía como si hubiera de ser cosa de broma, ¿verdad? Pues ahí lo tienen ustedes: veinte años de empresario y con un cigarro puro, como palo de bauprés, constantemente en la boca, dilatada siempre por una sonrisa de optimismo.

El cuento es que el mes de febrero no será una alhaja, pues año hubo en el que el Tibidabo se nos ofreció cubierto de blanca túnica; pero en sus días, generalmente, empieza a recobrar sentido para la afición barcelonesa aquella vibrante décima de Eusebio Blasco, que empieza así:

Pese al insufrible alarde de alharacas sempiternas, a mí me ballan las piernas los domingos por la tarde.

Cuya composición poética termina con el españolísimo grito de: "¡A los toros! ¡A los toros!"

Y es que el taurófilo integral, lo mismo en Barcelona que en Madrid o en Sevilla, nada encuentra para pasar las tardes dominicales como la fiesta viril, cromática y bulliciosa, cuyos contrastes bruscos son en la misma como fuertes palpitaciones de su existencia: junto al realismo vivo de las emociones trágicas, la serena expresión de las estéticas emociones; ligadas a las temporadas de aplausos que el entusiasmo arranca, las broncas sostenidas y ruidosas; al lado de las gigantescas olas coronadas de espuma, los abismos profundos del fracaso, y unidas a los fervores de exaltación, las imprecaciones rotundas y desgarradas. ¡Qué ondulaciones tan grandes son las que el tráfigo de las pasiones pone en este espectáculo sin par! ¿Hay batometría que pueda precisar las profundidades que a veces ofrece en la Plaza de Toros al afecto desordenado de los espectadores, igual al encrespase como un mar tormentoso que cuando se desbordan por el entusiasmo?

Pero no divaguemos, y vamos al grano. ¿Qué dice Balañá?

El empresario barcelonés dice que no necesita empezar sus trabajos en el mes de febrero para ser, a fin de temporada, el que más espectáculos y con mejores carteles organice durante la temporada, pero que este año no tiene paciencia para esperar hasta el mes próximo —como ocurrió en 1945 y 1946—, y dará comienzo a la batalla taurina el día 23 del actual, esta vez con una novillada, en la que Antonio Caro, Paco Muñoz y Manuel González —este último, nuevo en Barcelona— harán lo que sepan, o puedan, con seis astados "muy bonitos" del campo de Salamanca.

Y después, todo seguido, sin baches ni paréntesis, hasta después que el "Tenorio" nos haga su visita anual. ¿Planes? ¿Proyectos? ¿Propósitos?



Félix Rodríguez

lar; y como éstas suelen ofrecer sorpresas, y de algunas de ellas surgen los incentivos, hay que estar atento a todos los vaivenes, siempre asistido por un espíritu vigilante, que es, a la postre, lo que determina toda posible perfección y toda eficacia máxima.

Ya dijimos, no hace mucho, en estas mismas páginas de EL RUEDO, que el señor Balañá ha mantenido siempre el oportunismo como divisa de sus actos; y como tal sistema ha logrado cuanto es y significa, no tiene por qué cambiar de bisesto. El público y los toreros le van dictando, día por día, su norma de conducta, y bien pudiera ocurrir que cualquier torero casi desconocido en estos momentos acabara el año después de torear en Barcelona docena y media de corridas, con los máximos honores y muy elevados estipendios.

Lo que sí puede asegurarse es que por Barcelona desfilarán todos los matadores de toros y todos los novilleros de mayor solvencia artística; que las actuaciones de Manolete y Arruza serán más numerosas que en otras Plazas, y siempre a tenor de la limitación que a sus campañas pongan dichos diestros; que Luis Miguel Dominguín comenzará a torear en

Antonio Caro

Paco Muñoz



Valencia II

Irán saliendo, dictados por los acontecimientos, y según sea la tónica de los mismos.

Con el aplomo y la fe que le dan las propias fuerzas y una experiencia de veinte años, el señor Balañá se prepara a seguir disputando el triunfo de organizador a todos sus colegas, sin cansancio ni agotamiento; la contención de una gran responsabilidad y la incertidumbre que ofrecen siempre muchos de los valores taurinos en danza le obligan a ser cauto cuando las temporadas empiezan a palpitar; y como éstas suelen ofrecer sorpresas,



Vicente Barrera

las corridas de marzo; que algunos que acaso sueñan con torear cabe el Tibidabo diez o doce corridas, bien pudiera ocurrir que no sumen más de dos, o que cualquier "peligro oculto"; que un día venga a prueba, se alee victorioso y señale en sus estadísticas un cupo de corridas barcelonesas como ningún otro torero; y, en fin, que el señor Balañá ha estado en los campos andaluces y salmantinos, y ha adquirido, o ha apalabrado, todo el género cornudo que se precisa para desarrollar sin interrupción una campaña tan dilatada como la que se encierra entre los meses de febrero y noviembre, ambos inclusive.

Enorme rosario de corridas y novilladas es el que nos aguarda, y no hay que decir que nos aprestamos a pasar sus cuentas con las fruiciones más altas que todo aficionado pone en sus rosadas ilusiones.

Todos los síntomas, expresos y tácitos, que se ofrecen a nuestra observación, nos dictan el mayor optimismo apetecible.

¿Y a quién no contagiará de optimismo don Pedro Balañá y Espinós?

En los dos años anteriores empezó sus actividades dentro del mes de marzo; pero en el actual ha oído a más de un taurófilo aquello de

a mí me ballan las piernas los domingos por la tarde.

ha tenido en cuenta muchos precedentes en su gestión de empresario, y se dispone a dar comienzo a la temporada el 23 de febrero.

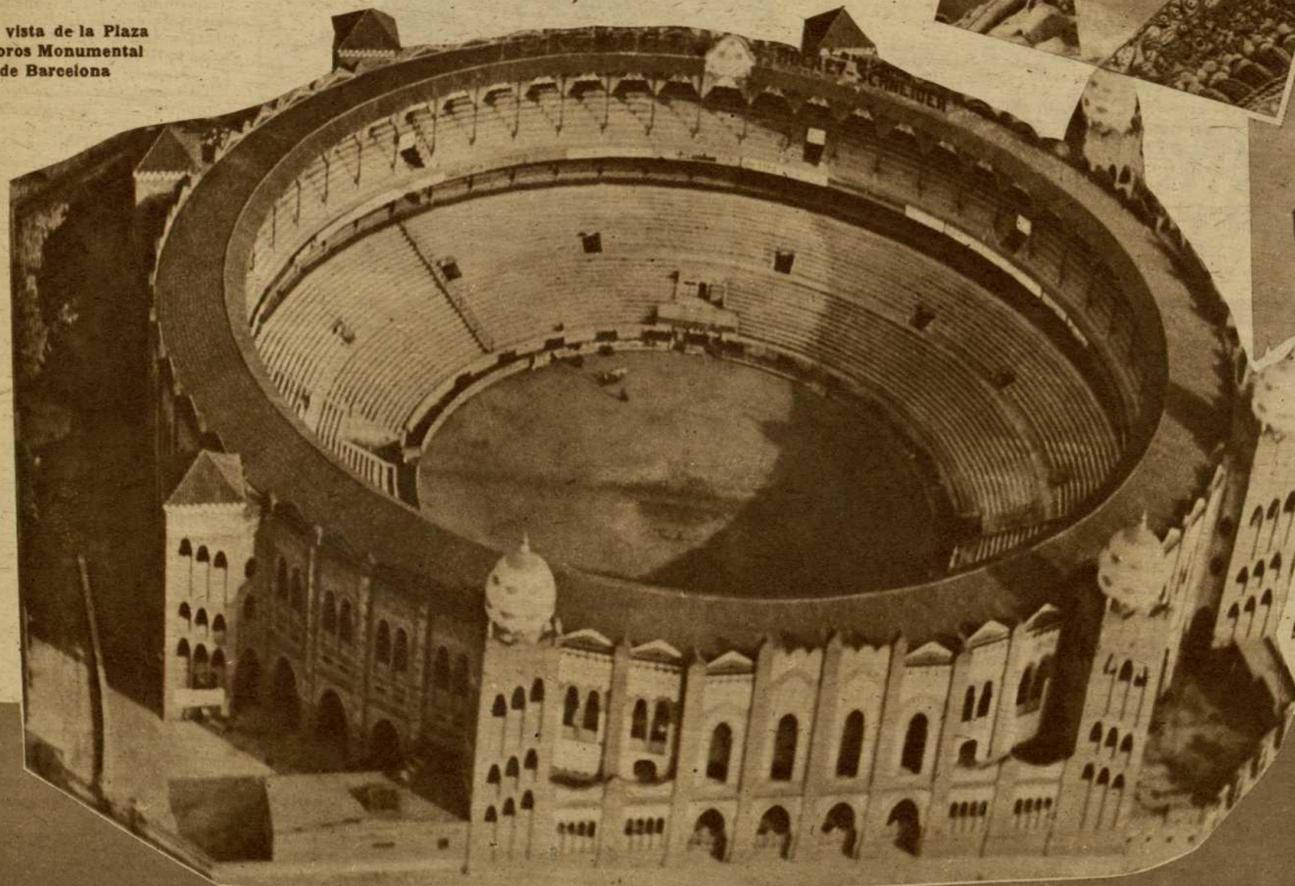
Gritemos, pues: "¡A los toros! ¡A los toros!"

DON VENTURA

Manuel González



Una vista de la Plaza de Toros Monumental de Barcelona



“QUIEN PUDO SER Y... NO FUE”

(Poema de fracaso y recuerdo)

Pudiste ser y... no fuiste.
Una amargura torera
pone tu sonrisa triste...
Cuando en la reunión casera
se habla de algún triunfo ajeno,
florece una primavera
de emociones interiores
en el rincón de tu olvido...
y llega el dulce veneno
del recuerdo.

Son las flores
de un jardín que no ha existido.

La cosa fué «porque un día»,
cuando tu senda clavaba
en triunfos su puntería,
un cansancio te dejaba.
La ambición y el alma fría.
Una tarde y otra tarde...
el que no te comprendía
creyó que la cobardía
te iba volviendo cobarde.

Fueron... dos manos pequeñas,
doblemente tuyas, por
ser de tu carne y tu amor,
que quebrantaron las peñas.
Fué... la pena silenciosa
de la buena compañera,
siempre pálida y llorosa...
Fué... aquella tarde torera,
aburrida, sin color...
Fué... una cosa tan extraña
que te quebró sin dolor
la fe dentro de la entraña.

Vives tranquilo y sonriente
entre cepas y olivares...
Eres de vino y cantares;
pero yo sé que te miente
tu copla por «soleares».
Que en las noches de «colmao»
vas enterrando en los «chatos»
los sueños que... «no han pasado».
Yo sé... que hay ratos
que estás a todo lejano
en la paz rica de ahora,
donde eres el soberano...

Cuando tu finca visitas
y escuchas conversaciones,
a los gañanes, del «toro»,
una sonrisa marchita
reluce en los eslabones
de tu leontina de oro.
Tus dedos, indiferentes,
que juegan con la «tumbaga»,
se crispan calladamente...
y como una seca fuente
hay en tu mirada vaga...

Y que, luego, al regresar,
al cortijo,
donde te espera tu hijo,
¡que ya empieza a torear!,
mientras contemplas las hojas
del otoño, te parece
que rinden su engreimiento
mil capotes, que se crecen
cuando torear las rojas
cepas del toro del viento,
y... en un callado regato
te contemplas silencioso,
y en el agua... hay un retrato
de torerito famoso;
y... sin que nadie te mire,
¡bueno fuera!,
sacas del arca empolvada
la noche de la montera
silenciosa y empolvada...
y una espada enmohecida
y una muleta aun caliente
de la embestida,
y periódicos... carteles...
y un manajo de claveles
ya marchito...
¡Yo qué sé!...
Los despojos de una vida
que ya no puede volver...
y tienes que ahogarte un grito
que te quiere florecer...

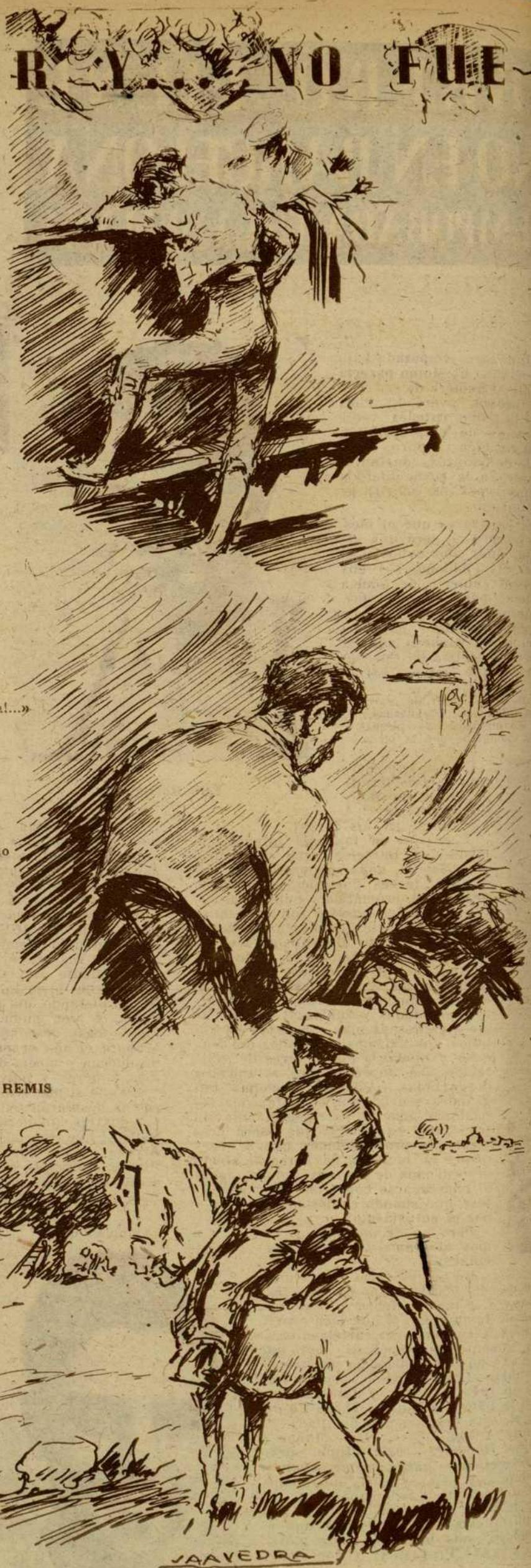
Alijos de contrabando
son tus negras pesadillas,
y te despiertas gritando:
«¡Eh, toro!... ¡Dóblale!... ¡Ahora!...»
y hay un temblor de mulillas
en las tranquilas
esquilas,
cantarinas y sencillas,
del «ganao»,
que está esperando la aurora,
laborioso y «sosegao»...

La noche es igual que un ruedo
donde nunca has «toreado»,
y entonces... te nace un miedo
que te aprieta en un regazo
y te duermes como un niño
al arrullo del cariño
tembloroso de unos brazos...

Y así... un día... y otro día...
hasta que se suelte el freno
en la última «sacudía»...

¡¡Borracho con el veneno
torero de una «corría»!!

MARTINEZ REMIS



JOSE LUIS MANES

admira, sobre todo, en la Fiesta Nacional, su provechosa enseñanza de imparcialidad artística



HABLAMOS de toros con don José Luis Manes, en un cómodo departamento de visitas del teatro Calderón. La alegría de la fiesta está sentada ahora —la presentimos, la notamos; casi la vemos— en los sillones del saloncito donde —¡ay!—, tal vez, se haya sentado alguna vez la melancolía de algún autor fracasado, o lo que es peor aún, la de alguno ni siquiera fracasado, por falta de oportunidad... Pero, bueno, dejémosnos de divagaciones y vamos a hablar de toros.

Le pedimos a don José Luis Manes que nos hable de su afición. Y él nos responde, entre en serio y en broma, burlándose un poco del tiempo y tratando en serio la afición:

—Yo soy aficionado viejo. Lo de aficionado, voluntariamente; lo de viejo, en contra de mi voluntad. Aunque es lo cierto que a mí me gustaría haber sido siempre viejo, viejo como ahora, y seguir asíéndolo, ni más ni menos que ahora, toda la vida. Porque yo creo que todo eso de que un tiempo sea mejor o peor que otro, está en lo íntimo, en lo entrañable de cada uno. Como creo también que no hay más horas que las del sentimiento: horas felices, horas desgraciadas.

—¿Se considera usted simplemente aficionado a los toros o además un verdadero entendido?

—No me atrevo a llamarme entendido. No se entiende de un arte o de un oficio si no se pone mano en ello. Ver los toros desde la barrera, no deja de ser la cómoda postura del crítico de to-

das las cosas. Pero si se quiere conocer bien aquello de que se juzga, hay que tirarse al ruedo, hay que ir al toro.

—Y a propósito de éste, ¿qué opina usted?

—¡El toro!... De toros saben muy pocos o no sabe nadie: el que más sabe, sabe de toreros. El espectador de ahora está disculpado. Ha oído decir que el toril es un sitio de la Plaza por donde antes salían toros; pero de los nobles astados no tiene mayores noticias. Y, sin embargo, es lo tremendo que, en las corridas de toros, el único que tiene razón es el toro: toda suerte del toreo, para él, es mala suerte: él, sólo él, ante tanta herejía como se le hace, en presencia de gente —a veces mucha— que paga por verlo —a veces mucho—, él solo podría exclamar: «Y todo esto, ¿por qué?»

—¿Qué recuerdos conserva usted del toreo de los diestros que ya no figuran en los carteles actuales?

—Como voy a los toros desde niño, alcancé la época de Bombita y Machaquito. Y el tópico es inevitable: ¡qué alegría, qué gracia la del uno!; ¡qué majeza la del otro! Llegó Joselito. Vi su presentación en la Plaza de Madrid. ¡Qué primor! ¡Qué maravilla! Maravilla se le llamó desde entonces, y no se le podía llamar de otra manera. Según Pepe Loma, hacía lo que todos, pero mejor. ¿Qué podía sorprendernos ya?... Y llegó Belmonte. Y con Belmonte, lo que todavía podía sorprendernos. Torcaba «como no se había torcado nunca», según el propio Don Modesto. Belmonte dió el corte revolucionario al toreo. Y fui belmontista. Seguí a Belmonte por algunas ferias. Pero de buena fe, sin que él lo supiera. No soy de los pelmazos que tiene que soportar todo astro taurino, y queden hechas las honrosas excepciones que confirman la regla... Lo que dijo nuestro lejano cañarcada don Francisco de Quevedo de «los que tienen lujuria linajuda», podría decirse de los que tienen lujuria coletuda, que son «cáfila necia y ruda».

—Entre los toreros modernos, ¿a cuál prefiere?

—Vi a Manolete en San Sebastián, la tarde de su revelación; luego, en Sevilla, la primera feria que toreó allí. Por cierto que entonces pregunté su opinión a un muy autorizado revistero, y recuerdo que me contestó: «Torero extraordinario... Pero huele a árnica.» Hasta ahora no ha acertado. Dios quiera que no acierte nunca... A mi modo de ver, Manolete tiene serenidad de clásico; y Domingo Ortega es lidiador excepcional, y Pepe Luis Vázquez, esencia del toreo...

—Pero, ¿le gustan a usted más los toreros modernos o los clásicos?

—No voy a decir que si antes, que si ahora... Pero se me ocurre plantear una cuestión, acaso interesante: si pudieran darse, en el mismo día, dos corridas, una con Manolete, Arruza y Pepe



Savoi

tro taurino, y queden hechas las honrosas excepciones a cuál iríamos?

—¿Qué impresión le hizo la primera corrida que vió?... Y creo que comprenderá por qué no contesto a su interesante problema y le espeto otra preguntita, para «despistar»...

—Los españoles no sabemos lo que es ver una corrida de toros por primera vez, porque la primera vez ya estamos al corriente de muchas cosas. El extranjero, sí, claro está.

—¿Y qué cree usted que opinan los extranjeros de nuestra Fiesta?

—¿Qué impresión les hace? ¿Qué comentarios le sugiere? Gautier, por ejemplo, decía que era uno de los espectáculos más bellos que ha podido imaginar el hombre.

—¿Qué es lo que le parece mejor de la Fiesta?

—Además de todo lo que en ella admiro, encuentro que encierra muy provechosa enseñanza. El favor, el amigo, quiere que éste sea poeta inspirado, o aquél, novelista insigne, o el otro, crítico eminente, y se dice y se proclama. Y aunque ni el crítico, ni el poeta, ni el novelista, sean leídos por nadie, algo queda. Pero se pretende convencernos de que alguien es torero, alguien que no lo es, y ¿qué sucede? Que llega la hora de la verdad —¡parte en que la verdad tiene su hora!— y aunque sus amigos sean muchos y el favor muy alto, no pueden echarle un capote, y tiene que esperar la embestida del toro, y el toro va a por él, y no queda nada!... En definitiva, las corridas de toros son práctica y solaz de España, el espectáculo más nacional y magnífico ejemplario.

Y así termina don José Luis Manes la serie de opiniones taurinas que hoy le ha tocado a él dar en contestación a nuestras preguntas, llenas de curiosidad por cuanto se refiere a los concaptos sobre la Fiesta de todos los buenos aficionados.

EL IDILIO DEL TORO

Las zagalas y los mozos se metían entre la pe-
lambre de los olivos y caían las aceitunas sobre los sacos extendidos en el suelo, sonando como esos goterones de la lluvia de verano que al caer se convierten en ranas.

Las mañanas eran frioleras.
El agua de los charcos de la marisma se hacía carámbano, y las narices de los trabajadores se convertían en alambiques y en rojos cuentagotas.

Había pelantrín que para entrar en calor se estaba media hora frotándose las manos, hasta que el amo le gritaba:

—Oye, Rafaé, déjate de tantos restregones. ¡Si quieres sacar chispas, eso lo haces mejor con dos piedras!

Algún vejete entumecido le quitaba el tapón a la liarilla del aguardiente, limpiaba la boca del artilugio con el pulpejo y echaba un largo trago, exclamando, satisfecho:

—El horno, por la boca se calienta.
Y el anciano (no hay viejo sin consejo) recomendaba a todos este sistema de «calefacción» como el mejor.

El vaho del Guadalquivir se extendía por el campo, dejando jirones de niebla en los árboles. Poco a poco el sol iba limpiando de sombras y de neblina la marisma. Y cada hora tenía la tierra un color.

De vez en cuando se oía el mugido de un toro, y se veía arrimarse, con paso tardo, a los «jincos» del cercado, a uno de los bichos, que, al ver a los trabajadores subidos a los olivos, los miraba con curiosidad, levantando su poderosa cabeza y llevándolo en la boca un manojo de tiernas florecillas, que parecía que le habían florecido en el belfo.

Era la época de la recogida de la aceituna.
Hombres y mujeres, desde lo alto de las escaleras, «ordeñaban» los olivos. Porque así como las hembras en la resolana expurgan a sus críos, así hay que quitar su fruto al olivo, sin lastimarlo con palos. Para el olivo no reza, como para el almendro, el viejo refrán castellano: «Al almendro y al villano, con el palo en la mano».

Entre el mujerío que pulula por los olivares andaluces en tiempos de la «recogía» de la aceituna, se ven hembras desgarradas y farotas, ceñidas por pantalones hombrunos; mujeres pachuchas, con la voz gruesa, y en cuyos labios hay la sombra de un amenazador bigotillo, y chiquillas en la flor de la edad, que encalabrinan a los gañanes de pelo en pecho, que al ver brillar los ojos de las zagalas, dan cada suspiro que hace retremblar los árboles.

Y a veces florecía el idilio. Se oían acá y allá coplillas que se enredaban en la maraña arbórea:

*Tú coges las de abajo;
yo, las de arriba,
y entre rama y rama,
te miro y me miras.*

Estaba yo aquel día viendo el tráfigo y ajetreo del campo durante la «recogía» de la aceituna, entretenido con aquel ir y venir de la gente trabajadora, que me hacía objeto, de una manera discreta y solapada, de sus pullas y sus pitorreos.

El amo del olivar, amigo mío, era hombre de una vez, de buen talante, trato señorial y mano generosa.

Con la misma firmeza y seguridad pisaba las alfombras de las casas ricas que los terrones de la marisma.

Cuando estábamos charlando junto a un olivo y pasaban las mujeres llevando sobre sus cabezas los cenachos y espuestas cargadas de aceitunas, se le acercó a mi amigo un viejo criado que le dijo campechano:

—Mi amo, otra vez ha vuelto el gato a la ce-
niza.

—Mi amigo frunció el ceño.

—¿Otra vez?—repitió.

—Sí, señor—. Y añadió zahino el gañán:

—Alguna de nuestras vacas se ha «echao» novio.

—¿Y de dónde crees tú que viene ese «namorado»?

—De la piara de don Andrés, mi amo.

—¿Pero si esos bichos están a ocho kilómetros!

—Poca tierra es pa un idilio—exclamó sentencioso el labriego.

Y añadió el gañán arrancándose una colilla que llevaba pegada como un sello detrás de la oreja:

—Ese toro viene a nuestro cercado al filo de las doce de la noche.

—¿Y ha hecho muchos destrozos?

—Ha roto unos metros de alambrado y ha echao por el suelo dos jincos...

—Mi amigo, el ganadero y agricultor, se dirigió a mí preguntándome:

—¿Quiere usted que veamos esta noche a ese «galán»? Yo tengo la vacada ahí cerca...

—Bueno—respondí yo.

—Con su permiso, mi amo. No es bueno salirle al camino a un toro en celo.

—No te preocupes. Esta noche oiremos la «serenata». Y nos enteraremos qué vaca mía le ha trastornado el seso a ese bicho.

Cuando los criados y los gañanes dormían en el cortijo, salimos los tres hacia el cercado. El frío de la noche cortaba el resuello; pero nosotros íbamos tapados por gruesos capotones, el sombrero hasta las orejas sujetado a la barbilla por el barboquejo y una ancha bufanda nos cubría la cara.

Cada uno de nosotros portaba una escopeta de dos cañones.

Parecíamos tres conspiradores.

El cielo de la marisma semejaba un gran telón lleno de tachuelas de luz. Sugestionados por la oscuridad y el silencio hablábamos bajo.

El gañán iba delante. Cuando llegamos a un repecho, nos sentamos junto a unas matas. Sacó mi amigo una botella de solera y el vino nos quitó el frío de la noche.

Yo estaba impaciente. Sentí a mis espaldas el ruido de una rama al romperse; volví la cabe-

za y apreté enérgicamente la culata de la escopeta.
—No hay cudio—exclamó el gañán al notar mi desconfianza.

Ya llevábamos un rato en acecho, cuando el criado pegó la cara en la tierra y se incorporó diciendo:

—Ya tenemos ahí al «mozo».

Yo estaba nervioso.
Allí, a pocos pasos de nosotros, se movía un bulto grande, del que sólo se veían brillar las dos candelas de los ojos.

De pronto, de la sombra espesa y tenebrosa, surgió un bramido, cuyo eco rodó, como una tromba, por la marisma. A lo lejos se oyó a poco un mugido, que restalló sobre el campo como un látigo.

El toro, excitado, arremetió contra la alambrada. Se oyó el crujir de los palos rotos. La mole del animal se perdió en la negrura de la noche.

El criado nos dijo con resolución:

—¡Me voy detrás del toro!

—¡Cuidado!—deslicé.

El gañán saltó como un gañafote y se hundió en la oscuridad.

Se oía bramar a las vacas, inquietas por la presencia del toro del otro cercado. Parecía como si sostuvieran un formidable diálogo, o se quejaban de que el huésped les interrumpiese el sueño.

Pronto volvió el silencio a la marisma. No se oía ningún ruido, como si después de aquella algarabía el sopor se apoderara del campo.

Volvió el gañán, jadeante.

—¿Qué ha pasado?

—Déjeme usted descansar una mijiya, mi amo—dijo—. Tronchao-vengo. He llegao casi a la par que el toro. ¡Cómo se ha puesto la vaca! ¡Beyonetas parecían los cuernos! ¿Y sabe usted, mi amo, cuál es la vaca del «idilio»? ¿A que no se lo figura usted?

—No.

—Pues la «Taconera». ¡Esa que tiene una estrella blanca en la testuz!...

JULIO ROMANO



JAAVEDRA

LOS TOROS EN EL EXTRANJERO

«LAS CORTEZIAS»

El recorrido que hacen los toreros desde la puerta llamada de cuadrillas hasta hacer el saludo de cortesía al presidente, y cuya duración puede calcularse en un minuto, se convierte en las Plazas portuguesas en su buen cuarto de hora.

Igual que en España, precede a la salida del personal que va a actuar el clarinazo que indica el principio de la fiesta, aunque su sonido no se oye con tanta puntualidad como allá, pues depende en mucho que el público que está aún comprando los billetes haya entrado o no.

Para justificar esa demora, en el norte de Portugal y en una Plaza cerca de Oporto, intercalan una fase de las corridas a la antigua portuguesa, que consiste en la salida de la «azemola», por lo que son los primeros en pisar la arena el cabo (jefe o capataz de «forçados») y cuatro de éstos. El primero lleva de la brida la mula que conduce los cajones de las «farpas», cubiertos por amplio paño de terciopelo rojo; los otros cuatro van a los costados del semoviente, dirigiéndose todos hasta la presidencia, donde una vez «cumprimentada» (saludada) la misma, descargan en su presencia las dos especies de «fretros», quedando éstos después a cargo de un empleado en el callejón.

Vuelto el cuadrúpedo al punto de partida, salen en dos pelotones, abriéndose en abanico, los matadores y banderilleros que actúan, llegando en su avance hasta el tercio, situándose en una misma línea y altura en el sitio indicado, dejando entre ellos un espacio de unos tres metros en el centro.

De la misma forma salen los ocho o dieciséis «forçados», según sean uno o dos los grupos que actúen, avanzando hasta el centro de la plaza, situándose detrás de los toreros con la misma separación en el centro y otra distancia aproximada entre ellos de dos metros y medio, aproximadamente, resultando, por tanto, dos pequeñas paralelas.

Siguen después los «campinos», que se sitúan detrás de los «pegadores», sólo guardando la distancia en el centro, pues no necesitan tanto espacio como entre los «forçados» y toreros. Detrás de los referidos «campinos», los mozos y demás operarios, quedando formado todo el conjunto a un lado y a otro de la Plaza en líneas sucesivas, como especie de dos compañías militares para hacer honores.

Hacen acto de presencia, después, los dos o cuatro «cavaleiros», vestidos con lujo a la Federica o a lo Marialva: tricorno negro con galón dorado

El último rey de Portugal, don Manuel II, vestido de «Neto»



Aspecto de la Plaza de Campo Pequeno, en la corrida de los «Clubes Ferrianos y Gran Club», de Lisboa



o plateado en la parte izquierda y testoneado de plumas blancas; casaca adornada con bordados blancos o dorados, sobre diversos fondos, siempre de fuertes colores, con lazo negro en la parte alta de la espalda; calzón de punto gris, ajustado al muslo; media blanca hasta mayor altura de la rodilla; bota alta negra de charol y una sola espuela: la izquierda.

Con apostura gallarda montan sobre soberbios caballos, con los cuellos enarcados, que le produce una línea curva que realza la belleza, recordando las estatuas griegas; en andadura a la alta escuela, el soberbio animal avanza en pequeños pasos, en que las manos y patas en diagonal están apoyadas en el aire, produciendo alternativamente en la andadura pequeños altos y descensos.

La cabezada, con plumero de colores, lleva en sus correas adornos metálicos, y unas cintas trenzadas le sirven de adorno a las crines, muchas veces de rojo y gualda; gualdrapas bordadas caen a un lado y a otro de la montura, llevando también adornos en la cincha, riendas y estribos. Hasta la baticola es adornada con una especie de escudo, del que penden quince o veinte cintas de colores, que cubren las cerdas del rabo.

Por el centro de la Plaza y el espacio que hay entre los grupos, llegan a la mitad de ella, se descubren, y haciendo recular las cabalgaduras, vuelven hasta el punto de partida. Nuevamente hacia delante hasta la presidencia, a la que saludan con inclinación de cabeza, separándose unos hacia la izquierda y otros hacia la derecha, para recorrer un cuarto de Plaza, con

los caballos andando de costado para no perder el frente al público, que le aplaude; siguen andando de la misma forma, y entran por el espacio que media entre los toreros y «forçados», cruzándose y recorren cada uno el lado opuesto al que antes recorrió. Recalan de nuevo al centro, y repiten la operación en los dos cuartos restantes y contrarios, volviendo nuevamente a la presidencia, retirándose siempre dando el frente al «inteligente» o director de corridas.

Una vez terminada esta ceremonia, en pelotón los toreros, «forçados», «campinos» y personal, llegan hasta el ya mencionado «inteligente», saludando y dando con esto por terminadas las «cortezias».

Otro clarinazo, y el matador más antiguo atraviesa la Plaza provisto de un rejón, del cual hace entrega al otro rejoneador que aun no va a actuar, y éste, a su vez, lo cede a su compañero, que lo recibe con la mano derecha, rodeando con el brazo la espalda; así es que en la izquierda sostiene sombrero, rienda y rejón para apretar después con la otra mano de ambos.

En las toradas a la «antigua portuguesa», el primer personaje que pisa la arena es «O neto», y también el último en abandonarla.

Lleva un traje característico, cortado a la moda del siglo XVI, de negro riguroso, antifaz y espadín, y, según parece, montaba un caballo blanco a la salida y negro durante la lidia, para hacer menos presente su figura, pues permanece en el ruedo hasta el final de la corrida. Su misión es transmitir las órdenes del «inteligente», desprovisto de sombrero y espadín, pues también, como en las antiguas corridas españolas que se celebraban en la Plaza Mayor con aquellos Ponce de León, no pueden rejonear ni hacer uso del espadín de no ser en absoluta y evidente defensa.

Este personaje ha sido encarnado por reyes, príncipes, títulos y «fidalgos».

Hoy, en estas corridas a la antigua portuguesa, los rejoneadores no quieren la permanencia del «Neto» en la Plaza por dificultarles el trabajo, ya que el toro, muchas veces, está más atento a aquella figura que al actuante. Esta dificultad es aumentada por el reducido diámetro que los redondeles tienen en las Plazas portuguesas.

Antiguamente, más bien que «cortezias», eran verdaderos cortejos, con coches de lujo, palafreneros, «carecas» (también con esta palabra se designa a los calvos) o mozos de toril y los «papagaios» o mozos de caballos de los rejoneadores, que tenían títulos nobiliarios y llevaban los caballos de respeto de cada uno de ellos.

Nadie podrá negar el cuadro de color que las «cortezias» representan, ya que en el ruedo hay treinta o cuarenta personas vestidas de los más varios colores, unas paradas y otras en movimiento, como también aumento la apoteosis el contraste de luz y sombra, imprescindible en todo cuadro de color como en los toros.

Descarga de la «azemola das farpas»

A. MARTIN MAQUEDA





El duque de Pinohermoso regresa al pesaje montando un ganador, en el antiguo Hipódromo de la Castellana

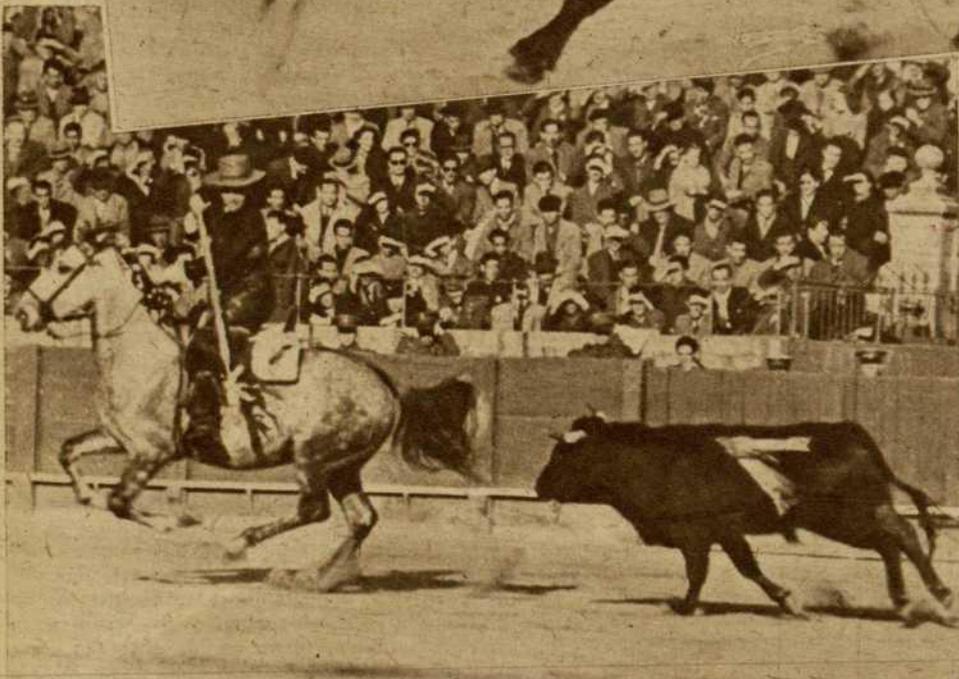
UNA VIDA AL SERVICIO DE UNA AFICION

No hay una sola actividad, relacionada con el toro y el caballo, que no practique el duque de Pinohermoso

RECIENTEMENTE HA ADQUIRIDO TRES NUEVOS CABALLOS EN PORTUGAL



Así pone el duque banderillas a caballo. Un par en las mismas péndolas



Jugar con el toro, llevarle prendido en la cola de su precioso tordo, para luego distanciarse, doblar y clavar el rejón de muerte

afición requiere la constante vigilancia de la hacienda, es por lo que el noble señor pasa más tiempo cabalgando sobre los ásperos senderos de la campiña que pisando las asfaltadas calzadas de la urbe. Los públicos saben de sobra las aficiones del señor de Pinohermoso por el difícil arte de alcanzar toros a la española.

En el ruedo posee la buena escuela de nuestros inimitables caballeros en plaza, siempre señores de sus cabalgaduras y dominadores, como ninguno otros, del toro, al que engañan, encelan y esquivan con unos regates precisos y justos, sin abusar de galopadas inútiles, templando la velocidad y sintiendo cómo los pitones de la fiera pelan las colas de los nobles brutos. Los aplausos ganados como rejoneador sabe el duque reproducirlos, si llega el caso de echar pie a tierra, al pasarse de muleta a los toros como los buenos muleteros, y perfilándose luego en la cara y por derecho, hundir la espada en la cruz hasta los góvilanes.

Otra faceta, no tan conocida, es la desbordante afición del caballero por el españolísimo deporte de acoso y derribo de reses.

Arrancar estos entusiasmos de la sólida preparación de Pinohermoso en los ejercicios hipicos. No hay una sola actividad, relacionada con el hipismo, que no haya practicado. Con sus caballos ha asistido a numerosos concursos nacionales y extranjeros. Y tanto en su casa solariega de Madrid como en esta campestre de «Monasterio», se alinean numerosos trofeos conquistados en los hipódromos de Roma, Niza, París, Nápoles, Lisboa...

Varios años, en calidad de oficial de Caballería, capitaneó equipos de polo. Y ganadero desde 1939, puede decirse que, a partir de entonces, no ha dejado de relacionar el caballo con el toro.

...

Mientras terminan los sirvientes de aderezar la cena, pasamos al amplio aposento, desde cuyo enorme ventanal se divisa una extensa meseta.

El duque, como si adivinara la pregunta, aproxima su silla a la gran mesa de nogal y explica:

MIENTRAS va cayendo la tarde y el sol se quiebra en los charcos del arroyo, y el caserío se adormece al amparo de unos cabezos, el señor del contorno cabalga por el camino adelante, a campo abierto de la serranía guadarrameña.

—¡Mirad por dónde viene el amo!—se dicen unos a otros los mozos ariscados, parando por un momento los arados.

—¡Qué señor tan señor! ¡Da gusto verle galopar!—comenta a su paso una zagalilla de cara redonda y fresca, enmarcada por unos rizados negros.

—¡A la paz de Dios, señor duque!—le grita cariñosamente un viejo y sarmentoso leñador.

—Sea usted bien venido, mi amo—repite el mayoral, al tiempo que recoge las bridas del arrogante alazán.

La escena se reproduce muchos días de la temporada invernal. El atuendo del caballero es el castizo del campero español: chaquetilla corta, sombrero ancho y zahones burilados. Se llama don Carlos Pérez de Seoane. Su título nobiliario está en la mente de todos los aficionados de España, acostumbrados a ver cómo «se ensancha Castilla delante de su caballo».

Este Grande de España es, además, caballista —podría decirse que lo ha sido siempre—, ganadero y, por si fuera poco, caballero en plaza.

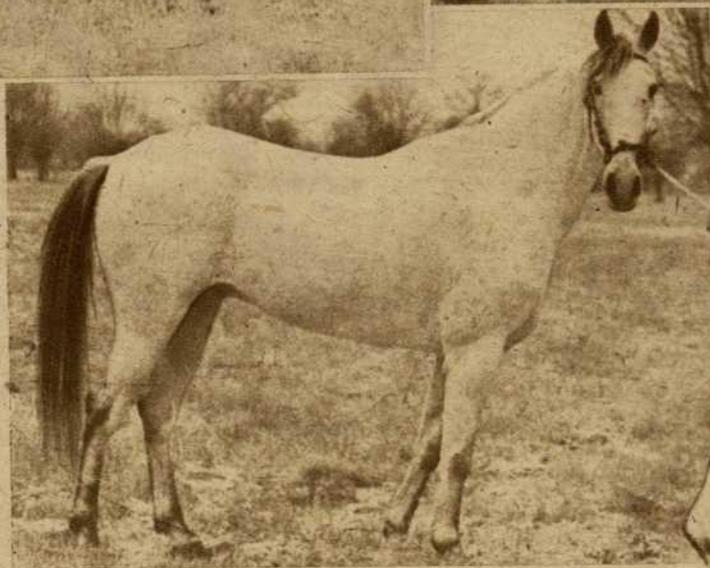
No es fácil encontrar al duque en Madrid: ahuyéntale el ajeteo ciudadano. Y porque le gusta la vida del campo, y porque sabe que su mayor



Caballero sin caballo, el duque torea al natural como pueden hacerlo los ases profesionales



El acoso y derribo de reses, una de las mayores aficiones del duque en su finca «Monasterio», llevando por compañero al no menos entusiasta y gran torero Luis Miguel Dominguín



Los tres nuevos caballos que ha comprado Pinohermoso: Relámpago, Presuntoso y Fandango

—Ahí fuera es donde crío mis toros y donde doy rienda suelta a mis aficiones garrochísticas.

—¿Y aquellas paredes que se alcanzan a la izquierda?

—Pertenecen a la plaza de fienta que acabo de construir. He cuidado de darle dimensiones suficientes para que me sirva también donde adiestrarme en los ejercicios del rejoneo.

—¿Cómo surgió su afición por el acoso de reses?

—El ser partidario de la tienta de machos, a condición de que esta faena se realice bien, me llevó a no conformarme con el pasivo papel de mero espectador de estas operaciones camperas.

—¿Qué condiciones estima usted precisas para que una tienta se considere bien ejecutada?

—Le diré cómo la hago yo: Por lo pronto, cuido de que no se dé más de un solo puyazo. Acto seguido, echo los bueyes. De esta forma tan simple trató de entresacar los mansos, que luego son únicamente los que sirven para ejercitar mis diversiones...

—Sistema caro por la severidad que lo preside. ¿Qué condiciones se precisan para el difícil ejercicio de derribar reses?

—Ante todo, dominio del caballo, disponer de cabalgaduras apropiadas y, naturalmente, ganado suficiente para entrenarse.

—¿Suelen las jacas de rejonear dar buen juego en campo abierto?

—Hay muchos más caballos aptos para el derribo que para el rejoneo: incluso puede haber «puras sangres» magníficas para derribar, y, en cambio, es casi imposible que un caballo de clase sea apto para rejonear.

Las condiciones que se requieren en el deporte de acosar lo convierten, a mi juicio, en el más español y viril de todos. No hay nada más bello que una collera bien acoplada acosando a un bicho con casta y bravura.

—¡Lástima que tan bello espectáculo se vaya perdiendo en nuestras ganaderías!

—Todavía existen bastantes que lo practican con rigurosa minuciosidad. Díganlo, si no, las de Urquijo, Domecq, La Corte, De la Cova, entre otras. En Gómez Cardaña paso excelentes ratos con ese contumaz garrochista que se llama Juan Belmonte. Aquí, en «Monasterio», mi asiduo compañero es Luis Miguel, uno de los toreros actuales de mayor vocación hacia estos ejercicios.

No es menester que el ilustre prócer se esfuerce en afirmarlo. No ha más de dos años fuimos testigos, en esta misma finca, de las aficiones del duque y del menor de los Dominguín. En plena nevada, y sin arredrarse por el tiempo infernal, permanecieron varias horas derribando las reses que previamente les habían apartado.

—Hablemos ahora un poco del rejoneo, señor duque.

—En el rejoneo no hago más que seguir la trayectoria tradicional que siempre siguió buena parte de la nobleza española. Desde los tiempos del duque de Pastrana y del conde de Cantillana, han sido varios los que se dedicaron antes que yo a este deporte. Es de lamentar que el marco actual, provisto incluso de anuncios luminosos, no disponga del ambiente esplendoroso de las Plazas Mayores de Madrid y Salamanca.

—¿En qué se ocupa usted actualmente?

—Estos días he comenzado a entrenar tres caballos que acabo de adquirir en Portugal: Fandango, Relámpago y Presuntoso, con los que acaso me atreva a realizar algún pinito de doma a la Alta Escuela, que es, por cierto, la única faceta que me queda por ejercitar.

—¿Le gusta a usted echar pie a tierra en las Plazas?

—Considero que, al menos en España, ningún rejoneador es completo si no torea a pie; por lo que a mí respecta, lo consideraría como un abandono en campaña dejar a otro el remate de una res. —F. M

El caballista y el rejoneador reciben las ovaciones del público y corresponden con el saludo cordial y españolísimo



POR ESPAÑA Y AMERICA

Carteles de las corridas falleras.--Algara volverá a hacerse cargo de la gerencia de la Monumental.--Garza y Fermín Rivera cortaron oreja en la capital de Méjico.--Conchita Cintrón se presenta y triunfa en Medellín.--También Curro Rodríguez tuvo una actuación muy lucida.--Machaquito cortó orejas en Caracas

SE conocen ya los carteles de las corridas falleras de Valencia. El domingo día 16 de marzo matarán reses de Galache Luis Miguel Dominguín, Parrita y Vito. El martes, día 18, lidiarán ocho toros de Carlos Núñez Gitanillo de Triana, Pepe Dominguín, El Choni y Vito, y el miércoles 19, festividad de San José, Luis Miguel Dominguín, El Choni y Parrita estoquearán reses de Múrupe.

En la capital de Méjico se celebró el pasado domingo una corrida con reses de Cuevas. Alternaron Lorenzo Garza, Fermín Rivera, que sustituía a Morenito de Talavera, y Gregorio García. En su primero hizo Garza una faena muy lucida, pero que no tuvo ligazón, y mató de una estocada. Oyó aplausos. En el cuarto se lució Garza con el capote, y con la muleta ligó una gran faena. Mató de gran estocada y cortó la oreja. Fermín Rivera tuvo una magnífica actuación en el segundo. Toreó muy bien con el capote; banderilleó superiormente, y con la muleta hizo faena muy buena. Mató de un estoconazo superior. Cortó oreja y rabo. El quinto era manso. Rivera estuvo voluntarioso y oyó aplausos. A Gregorio García le correspondió el lote más difícil. Puso gran voluntad en agradar y estuvo muy valiente. Con las banderillas y el estoque estuvo afortunado y oyó aplausos.

En Medellín se presentó Conchita Cintrón. El lleno fué total. Conchita alternó con los novilleros españoles Morenito de Talavera II y Curro Rodríguez. Conchita Cintrón triunfó en sus dos toros. A su primero lo toreó muy bien con la capa. Hizo faena lucida y estuvo breve con el estoque. A su segundo lo rejoneó coloradamente. Lo muleteó artística y valerosamente y lo mató de una estocada en lo alto. Cortó las dos orejas. Morenito de Talavera II estuvo valiente y lucido. Oyó aplausos. Curro Rodrí-

guez, muy decidido toda la tarde, cortó oreja en sus dos novillos. Se lidiaron reses de la ganadería de Vista Hermosa.

En Caracas se corrieron seis novillos, que fueron bravos, de la ganadería de Ríos. Alternaron el español Machaquito y los venezolanos Antich y Claverías. Machaquito, que toreó muy bien con la capa, hizo dos magníficas faenas y mató bien a sus dos novillos. Cortó oreja en sus dos bichos. Antich y Claverías se lucieron y fueron aplaudidos.

El empresario de la Plaza de Toros de

Bogotá ha anunciado que la temporada comenzará el día 2 de marzo. En la primera corrida actuarán los españoles Manolete y Alvarez Pelayo, como se sabe ya matador de toros, y el mejicano Luis Procuna. Para las corridas que se celebren se han adquirido toros de las ganaderías mejicanas de La Punta y Pastejé y de la colombiana de Clara Sierva.

Se asegura en los medios taurinos mejicanos que Antonio Algara volverá en breve a hacerse cargo de la gerencia de la Monumental de Méjico.

El novillero Martín Bilbao sigue su campaña taurina por América. Últimamente ha toreado con gran éxito en Caracas. El buen novillero de Deusto tiene contratadas bastantes corridas por aquellas tierras, donde tiene un gran cartel. Según noticias, Martín Bilbao tomará esta temporada la alternativa en España.

Se da como seguro que en la primera novillada que se celebre en Madrid toreará el novillero Luis Redondo. Es probable que con él actúen Juanito Bienvenida y Gabriel Pericás.

El señor Martínez Elizondo, empresario de las Plazas de Zaragoza, Vitoria, Burgos, Santander y otras del Norte, ha manifestado que como las ferias de las Plazas que él regenta empiezan en el mes de junio, no tiene prisa alguna en perfeccionar carteles.



Fermín Rivera



Conchita Cintrón



Francisco Rodríguez

Pedro Robredo recibe la Oreja de Oro, que ganó por votación popular en la novillada celebrada en Oviedo en el pasado mes de septiembre

Martin Bilbao



Alvarez Pelayo



Luis Redondo



BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



TAMBIEN LAS PLAZAS DE TOROS VIAJAN...

**La Placita
desmontable de Las
Arenas de Guecho va
a ser instalada en El Escorial**

**Tiene capacidad para
2.900 especta-
dores**

EN fecha breve va a ser instalada en San Lorenzo del Escorial la bonita Plaza de Toros de Las Arenas, que fué durante dos temporadas grato lugar de reunión de los veraneantes de Guecho y proporcionó al Asilo-Hospital buenos ingresos con las fiestas celebradas.

Dicha Placita, que es desmontable, tiene una capacidad para 2.900 espectadores, y el diámetro del ruedo es de 30 metros. Tiene, además de la barrera, nueve tendidos, con un pasillo de circulación, y en su armazón lleva dispuestas cuatro puertas de entrada, que son unas escaleras plegables que se levantan, y queda luego cerrada la Plaza. No falta su puerta amplia para la salida de las cuadrillas y su puerta de toril. Dan vistosidad unos palcos instalados con mucho gusto.

La Plaza se compone de armaduras de hierro ligeras y portátiles, sobre las cuales viene la madera. Toda ella está absolutamente atornillada, sin ningún clavo. La tabla del asiento, al ceder al peso, descansa en la vertical, lo que le da así gran resistencia.

Es, por tanto, una Plaza cómoda y de mucha seguridad. La Plaza de referencia fué construida a sus expensas por el aficionado de Valmaseda don Silverio Fernández Novales, y estuvo allí instalada desde los años 1940 a 1944. Dicho señor la construyó llevado sólo de su afición y de su afecto al pueblo, juntamente con el deseo de proporcionarle un grato esparcimiento y a la vez ayudar a las instituciones benéficas con los ingresos que pudiera reportar, ya que los gastos corrían de su cuenta. El importe total de las obras ascendió a unas 72.000 pesetas.

Luego pasó la Placita en cuestión al Valle de Mena y la vendió a un bajísimo precio, accediendo a instancias reiteradas que partieron de la Junta de Beneficencia de Villasana de Mena y dada la finalidad benéfica que se perseguía.

Una Comisión de conocidos convecinos y veraneantes —entre ellos, don José Landaluce, don Lisardo Calvo y don Javier Barroso— se encargó de la compra y explotación en favor de la Santa Casa Asilo-Hospital del Valle de Mena. Se constituyó una Sociedad con un capital de 65.000 pesetas, de las cuales, 55.000 correspondían a la adquisición de la Plaza, y las 10.000 pesetas restantes, como capital inicial.

Entre las fiestas celebradas en la temporada veraniega de 1944 figuraron una becerrada y un festival taurino. En éste participaron los matadores de toros Luis Gómez, El Estudiante, y Juan Mari Pérez Tabernero. Se obtuvo un beneficio de más de 7.000 pesetas.

Un detalle: la preparación y montaje de la Plaza de Toros y su desmontaje ocasionó de gastos 7.841 pesetas, bastante más de lo que cobraron los toreros y auxiliares.

Más tarde pasó la Placita a ser propiedad de don Antonio Menchaca, cuya espléndida ge-



Plaza de Toros de Las Arenas

**El sábado, 18 de Agosto de 1945
A LAS SIETE DE LA TARDE**

Con permiso de la Autoridad competente, y si el tiempo no lo impide, se celebrará

a **BENEFICIO DEL SANTO HOSPITAL-HOSPICIO, de Guecho,**

GRAN FESTIVAL TAURINO

en el que lidiarán y estoquearán

4 BRAVOS NOVILLOS, 4

uno de la acreditada ganadería de SANCHEZ FABRES, y tres de la de MIGUEL CEBALLOS, de Salamanca, los renombrados ganaderos:

Marqués de Villagodio

— Vicente Charro —

Alfonso Sánchez Fabrés

El último novillo será rejoneado y muerto a estoque por el

Duque de Pinohermoso

Presidirán el festival cuatro aristocráticas señoritas, y correrá la llave una distinguida amazona.

Director de lidia, **LUIS DIEZ**

SOL Pesetas	PRECIOS (Incluidos impuestos)	SOMBRA Pesetas
	Palcos, entrada	30
15	Barrera	50
10	Contrabarrera	40
7	2.ª Contrabarrera	30
7	1.ª Fila Tendido	20
5	Tendido	
7	Tabloncillo	

TAQUILLAS: Calle Mayor, 11. - LA
(Arenal). Teléfono 10.

Un aspecto del ruedo de la
Placita de Las Arenas

nerosidad fué de todos conocida, instalándola en Las Arenas y obteniendo lucidas recaudaciones para el Asilo de Guecho, ya que la campaña resultó soberbia en el primer año de explotación.

Posteriormente pasó a una Comisión de aficionados de Las Arenas, que llevaron a cabo la temporada última, con lucidos beneficios para aquel Hospital-Asilo.

El 18 de agosto de 1945 se celebró un festival a beneficio del Santo Hospital-Hospicio de Guecho, que fué presidido por bellas señoritas veraneantes y el gobernador civil de Vizcaya.

Actuaron con éxito los ganaderos marqués de Villagodio, Vicente Charro, Alfonso Sánchez Fabrés y el duque de Pinohermoso, que se lució, además, como caballista y rejoneador. Como director de lidia figuró el novillero Luis Díez.

Otra fiesta gratísima tuvo lugar el 25 del citado mes y año.

En primer lugar actuaron los matadores de toros Rafaelillo y Juanito Belmonte, que cortaron las orejas de dos bravos novillos de los hermanos Villagodio. Después, con becerros de Zaballós, lucieron su arte los aficionados Alfredo Alvarez Pickman y el peruano José Antonio Roca Rey.

Por la Placita de Las Arenas desfilaron también varios novilleros, entre los cuales podemos señalar los nombres de Pedro Robredo, Luis Díez y Segundo Arana, que tuvieron brillantes actuaciones.

No faltaron fiestas diversas de circo y boxeo, y hasta verbenas en los veranos de 1945 y 1946, si bien la última temporada, debido a la carestía de los espectáculos por gastos de los mismos y los impuestos, tuvieron menor relieve, siendo la temporada del 45 la que llevó mayores ingresos para la Beneficencia y Hospital de Guecho.

Si la campaña de 1945 resultó admirable en todos los aspectos, en cambio el año 46 no fué tan fácil la cosa, y como los impuestos eran grandes, apenas si se celebraron festejos.

El caso es que la Plaza de Las Arenas, instalada frente al Puente de Vizcaya, ha sido vendida al Ayuntamiento de El Escorial en la cantidad de 280.000 pesetas, o sea, el doble de lo que antes costó.

El último diestro que actuó en dicha Plaza arenera fué el popular novillero bilbaíno Segundo Arana, que tomó parte en una fiesta benéfica.

De desear es que los aficionados de El Escorial tengan en las próximas



fiestas veraniegas unas tardes de gratos recuerdos y puedan llevar a la Beneficencia de dicha localidad un saneado ingreso con las fiestas benéficas que proyectan llevar a cabo.

LUIS URUUELA

CURIOSIDAD PARLAMENTARIA

Defensa de las corridas de toros en el Senado

Si la sección «Aficionados de categoría y con solera», que EL RUEDO viene publicando, se hiciera extensiva a los de pasadas épocas, podría figurar en ella por derecho propio —con el mismo que su título de senador le daba para sentarse en los escaños de la Alta Cámara— don Manuel María de Santa Ana, primer marqués de Santa Ana (1820-1894), figura relevante del periodismo español en el siglo XIX, desde que fundó «La Correspondencia de España» en el año 1848.

La solera se la dió Sevilla, su ciudad nativa, desde donde se trasladó a Madrid a los veintidós años; rudos fueron los primeros que pasó en la capital de España, escribiendo en periódicos políticos, críticos y taurinos, estrenando algunas obritas y empleando su prestigiosa actividad en las más opuestas tareas; muy bien relacionado con el duque de Montpensier —esposo de la infanta Luisa Fernanda y aspirante al Trono español después de la Revolución de septiembre de 1868—, y establecido dicho personaje en la mencionada capital andaluza, tenía Santa Ana el encargo de escribirle diariamente para darle cuenta de las noticias del momento, singularmente de las de carácter político, y esta fué la base de la popularidad que obtuvo después y de su futura riqueza material.

Si la historia del diario susodicho contiene gran riqueza anecdótica, curiosa en extremo es, en su aspecto periodístico, la de don Manuel; pero como la figura de éste hemos de ensamblarla aquí a lo exclusivamente taurómico, prescindimos de fijar nuestra atención en otras representaciones de aquel gran trabajador, que con una voluntad inteligentemente dirigida llegó desde la pobreza a la fortuna y obtuvo fama y honores que muy pocos alcanzan.

En el año 1880 se hallaban Lagartijo y Frascuelo en el cenit de su gloria; ellos eran la luz de la Fiesta, y ellos monopolizaban la atención de los aficionados; pero flotaba en el aire una preocupación por las desconocidas figuras que habrían de sucederles, puesto que aun tardarían más o menos tiempo en presentarse en las Plazas de Toros Mazzantini, Espartero y Guerrita. ¿De dónde y cuándo saldrían los nuevos astros?

En tal situación, y a principios de aquel año, el periódico que era entonces decano de la Prensa taurina, titulado «Boletín de Loterías y de Toros», sorprendió a los taurófilos con un artículo en el que se abogaba por la creación de Escuelas de Tauromaquia, de cuyo escrito son estos párrafos:

«¿Cómo levantar y consolidar la afición al toro, afición que redanda en pro de los establecimientos de beneficencia, dueños de la mayor parte de las Plazas de Toros de España?

Muy sencillamente, a nuestro entender: fundando

Escuelas de Tauromaquia.

La de Sevilla, creada por S. M. el rey don Fernando VII, produjo excelente resultado: dió al arte un Montes, un Cúchares, un Yust, un Domínguez y otros que sería prolijo enumerar. El coloso del toreo, el célebre Paquiro, comprendiendo cuán necesaria era la Escuela de Tauromaquia, trabajó para conseguir la instalación de una en esta Corte, y hubiese conseguido sus propósitos, pues González Bravo le ofreció para dicho asunto su decidido apoyo; pero la muerte sobrecogió al famoso lidiador antes de ver realizadas sus esperanzas. Muerto Montes, nadie volvió a pensar en la Escuela Taurina.»

El artículo en cuestión produjo bastantes comentarios, unos de elogio y otros de censura, pues si muchos apoyaban la idea, otros la rebatían, diciendo —con razón— que, en contra de lo que afirmaba «El Boletín de Loterías y de Toros», la Escuela de Tauromaquia de Sevilla no había dado un resultado eficiente pese a cuanto se asegurase en contrario.

Pero el marqués de Santa Ana —sevillano él, que no se olvide, y gran aficionado— acogió complacido la iniciativa del referido periódico, y el día 17 de febrero presentó al Senado

una proposición de ley en pro de aquella, con lo que dió carácter oficial al asunto y una gran alegría a don José Carmona y Jiménez, director propietario de la expresada revista.

Pasó la proposición a las Secciones, y en la sesión celebrada por la Alta Cámara el día 1 de marzo se levantó el marqués de Santa Ana para apoyarla con un largo discurso. Notables fueron algunos de sus argumentos al hacer el aludido senador la defensa de las corridas de toros y recordar a sus compañeros que algunos de sus ascendientes no se desdijeron de lidiar reses bravas, y al tratar de la efusión de sangre se expresó en estos términos:

«No os juntáis en número infinito para asistir a las monterías? Y allí no vais a luchar frente a frente con un toro; vais a asesinar, porque os juntáis muchos; vais premeditadamente al sitio de la caza, la acorra-

áis, y allí la acuchilláis, y luego entráis triunfantes en los pueblos pregonando vuestro buen éxito, razón, vosotros, que no podéis ver herido un caballo en la Plaza de Toros. Las corridas no solamente no son bárbaras, inmorales y crueles, sino que son menos bárbaras, menos inmorales y menos crueles que los demás espectáculos que forman las delicias de esos pueblos que nos acusan de barbarie.»

Las palabras del orador no dejaron de causar cierta impresión en el Senado; pero como más que de la creación de Escuelas de Tauromaquia se ocupó Santa Ana de la defensa del espectáculo, se abordó resueltamente el asunto que había motivado su proposición, acabó por retirar ésta tan pronto como le invitó a ello el presidente.

La verdad es que no era aquella una idea motiva para producir estrellas coletudas; pero hay que convenir en que escasean los ejemplos vivos de taurófilia como aquel de que dió muestra el marqués de Santa Ana, pues lo de alzarse en una Cámara legislativa para defender las corridas de toros es un hecho insólito en la historia parlamentaria española.

En oposición a él existe otro, también de carácter parlamentario, del que acaso nos ocupemos algún día.

Más para esto tendremos que retroceder al reinado de Isabel II.

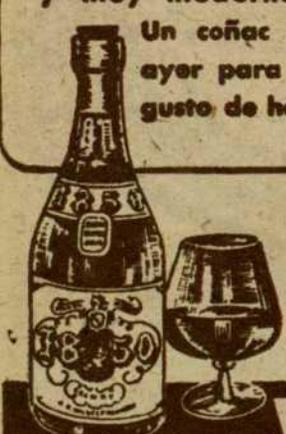


Manuel María de Santa Ana

El marqués de Santa Ana, fundador de «La Correspondencia de España» y gran defensor de la fiesta de los toros

Muy antiguo y muy moderno...

Un coñac de ayer para el gusto de hoy.





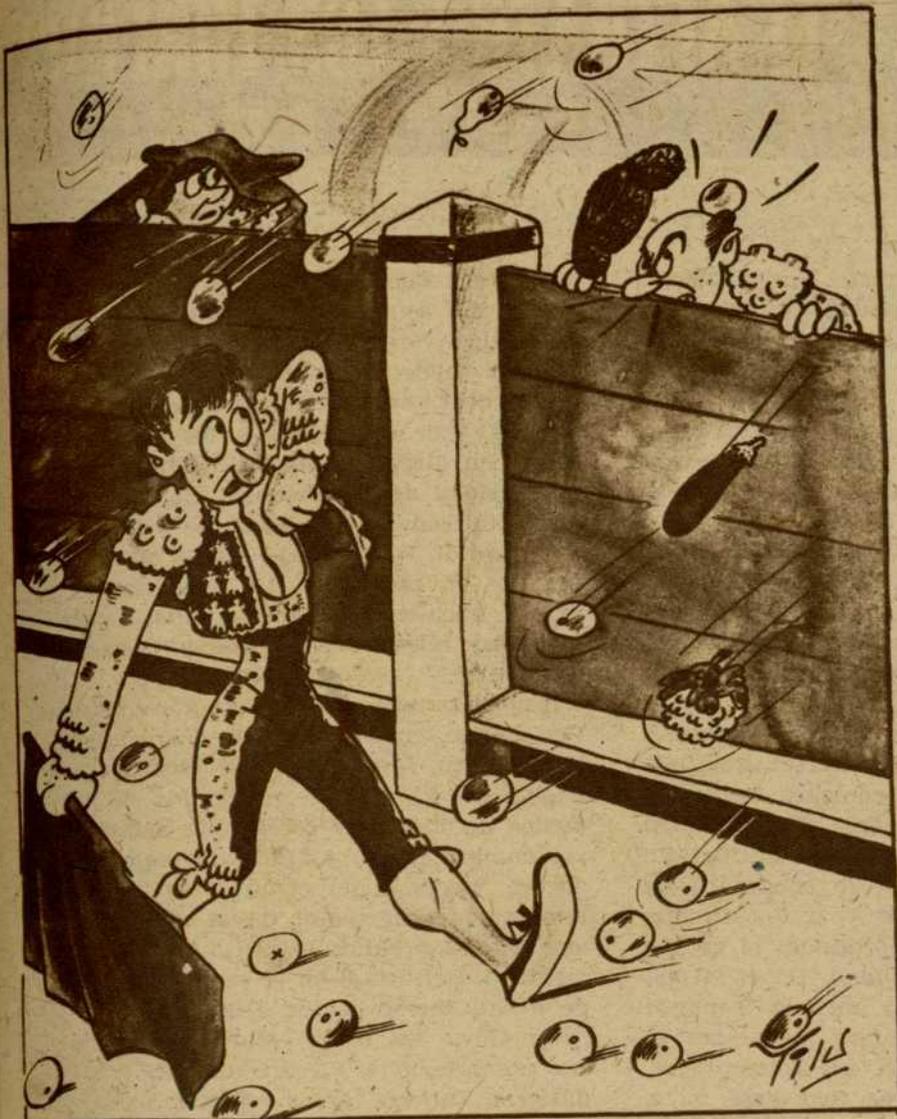
CONAC

1850

VALDESPINO

JEREZ

CUATRO REFritos DE TOROS, por TILÚ



EXITO

—¡Mi tía! ¿Pues no hablaban tanto de sequía?



FIN DE SIGLO

—¡Terrible, si señora!... Tenía el abono sobre la barrera divisoria en las corridas de plaza partida...



PELUQUERO

—¡Fue sin querer, don Crispulo! Le prometo que no ha sido una faena!
—¿Que no? — ¡Y estupenda, con corte de creja, y todo!



NOVEL

—Perdone, señor, pero ¿no tendría uno del 39? Este me estará pequeño

EL ARTE Y LOS TOROS

GOYA, EL RETRATO Y LOS TOREROS

IV Y ULTIMO

y hasta «El Greco», en su adustez, ha jugado un silencioso papel en el espíritu endemoniado y delirante de muchas de sus obras. Pero, ¡ah!... David, el pintor de la revolución, el de la Francia napoleónica, se ha lanzado por los caminos de un decorativismo pretencioso que impresiona y, en parte, conmueve, las aficiones del colosal realizador de «Los caprichos» y de ese otro capricho que supone y es «La tauromaquia».

El impresionismo no ha nacido todavía —lo creará Goya—, y el paisaje, la exaltación vehemente y apasionada de la Naturaleza, que siglos atrás preconizara Rousseau, no ha tenido una manifestación cuantiosa, aunque el romanticismo está cerca, y él se encargará de recoger el color y la luz directa, que llena de claridades el campo

y los alrededores de la ciudad. En el mismo campo, dando frente a lo abrupto o manso de la Naturaleza, se instalará más tarde el caballete, coincidiendo con ese momento en que la pintura, deseosa de renovarse, va a crear un género: el contemplativo. Cuatro temas predominarán —están en el ambiente y son la pauta y tónica general del arte— en la pintura de altos vuelos de Francisco de Goya: el religioso, el histórico, el retrato y la obra de género. El penúltimo recogerá del genio de Goya lo mejor de su pintura y de la pintura española. Carlos IV reclamará para sí la gloria y el honor de dieciséis retratos, que el pincel del grandioso aragonés irá reflejando con distintos atuendos y posturas. Para no ser menos que su antecesor, Fernando VII se hará retratar por Goya, inmortalizándose en diez lienzos. No dejará tampoco de quedar colmada la vanidad de la XIII Duquesa de Alba y de la reina Doña María Luisa, feúcha y dando la sensación de una dolencia estomacal o hepática. Y en esa serie de elegancias, fáciles y predisuestas a un cromatismo, que de plano rechazará Goya, irán desfilando: la marquesa de Pontejos, en una invidiosa «pose», no exenta de prestancia; la marquesa de la Solana, con íntima y buscada afectación de mujer que se sabe retratada; la de Alba, señorial y magnífica, con su traje y mantilla negra; el marqués de San Adrián, que por el halago de servir de modelo a Goya, que es el pintor de la Corte, ha perdido el caballo; el duque de Osuna, el de San Carlos, el de Trastámara; el conde de Teba, del Tajo, de Cabarrús y de Miranda...

¡Toda la ejecutoria de nobleza de su tiempo esclava y al servicio de sus pinceles! Y Goya, jugando a los contrastes, a las dos esquinas de la más pura selección temática en el arte, crea los retratos

de toreros que son como la vibración emocional, del sentir de su época. Goya, esa es la sentida verdad, no puede, más con tanto señorío. Tiene ya un empacho de aristocracia, y, desviándose algunas veces de su ruta, se lanza por el terreno y los caminos que conducen directamente a la campechanía y popularidad de sus modelos. En las paredes aristocratizadas del estudio de Goya, punto de apoyo de tanto linaje, en las que cuelgan retratos en embrión o ya realizados de damas y caballeros e incluso niños —¡oh, el bellissimo retrato de Mariano Goya, nieto del pintor!—, se colgarán también el del torero Martíncho, el de Joaquín Rodríguez Costillares (cuatro veces llevado al lienzo), el de Pedro, Manuel y José Romero, el de Pepe-Hillo y los indeterminados de varios bustos de toreros y torero con manola, que sin nombre exacto y fijo para mejor catalogación, vienen a ser como la representación anónima de un sector de la vida española que triunfa y gallea, por el lastre de un ferviente proselitismo, en el mundo recatado y de difícil acceso de los elegidos.

En Goya, los toros están por encima de sus aclimataciones circunstanciales y acomodaticias. Tal vez, entre retratar a una Corte empingorotada y teatralesca, o al torero de moda, Goya preferirá al último, porque dejándose llevar de sus entusiasmos taurómicos, se recreará con la imaginación mientras pinta. De una manera u otra, por causas que nadie ignora, Goya ha sido torero, y cuando maneja el pincel retratando toreros, cree muchas veces que tiene en la mano el estoque y la muleta.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«Goya». Autorretrato vestido de torero (grabado por Galván en 1873)

CUANDO Goya viene al mundo, que había de asombrar con la maravilla de sus colores, con el juego de luminosidades de su paleta, portentosamente creadora, el retrato, suprema expresión de la pintura española, está en ese momento álgido y difícil en el que es imposible superarle. Velázquez ha hecho ya por él —por el retrato— todo cuanto un artista puede hacer para elevar el rango y la prestancia de un género o modalidad pictórica. Velázquez ha sido, con su aristocratismo de sangre y de espíritu, quien ha hecho del retrato la más bella, la más decorativa y solemne manifestación del arte subyugador de la pintura. Unas veces es Felipe IV quien cabalga majestuoso. Dios sabe hacia qué secretos destinos de la Patria; otra es el bello príncipe Baltasar Carlos, quien por no sentirse menos brioso y caballístico, juega con el aire que azota y ondula las crines de su ventrudo caballo, disecado, según Riaño. Más tarde será doña Isabel de Borbón; luego, doña Margarita de Austria y el pretencioso Conde-Duque de Olivares, que alternarán, en democrática zarabanda pictórica, con el «Bobo de Coria», la enana Mari-gómez y el «Niño de Vallecas». Y cuando quiere salirse de lo unipersonal, cuando quiere dar a la pintura la ampulosidad creativa que justifique su genio compositivo, se lanza a pintar «La rendición de Breda» (vulgarmente llamado el cuadro de «Las lanzas») o la maravilla de «Las meninas» —una de nuestras monumentalidades pictóricas—, que son el summum, compendio y cristalización de las exquisiteces, auténticamente retratísticas.

Tal vez de estas últimas obras, piedra angular, con «La fragua de Vulcano», del gran edificio del Siglo de Oro de la pintura española, naciera ese portento iconográfico de «La familia de Carlos IV», la gran familia de la estirpe del arte, que a Goya sirviera para señalar de «motu proprio» la cúspide, la exaltación del colorido, en la maravilla de los más sorprendentes y magníficos contrastes. Rembrandt no está lejos tampoco de la concepción plástica de Goya. Mengs ha influido, como Tiepolo, no poco en su pintura,

«El torero Costillares». Cuadro de Goya (Colección Lázaro)





El Cid Campeador lanceando un toro. (Dibujo de Goya, de la serie «La tauromaquia»)

(Foto M. Sánchez de Palacios)

emc
a es
anto
cra-
uta,
que
ia y
edes
into
gan
da-
l, el
ieto
del
guez
azo),
de
rios
que
calo-
ción
iola
fer-
lo y
de
mo-
Cor-
rero
que
uró-
ien-
cau-
o, y
ore-
ano
os

Costillo
de Goy
Lázaro



El pelo de los toros: «Berrendo en castaño»

A. Sainza